

## FEDERICO RATZEL

Federico Ratzel nació en Karlsruhe (Alemania) el 30 de agosto de 1844 y murió en Ammerland el 9 de agosto de 1904.

Es el verdadero precursor de la geopolítica; como profesor de geografía y de antropología dio los primeros pasos hacia una sistematización científica de la ubicación del hombre en el ambiente en que le toca actuar.

Entre sus principales obras cabe citar: *Prehistoria del hombre europeo* (1874), *Los Estados Unidos de Norteamérica* (1878-80), *Antropogeografía* (1891), *Geografía Política* (1897), *La Tierra y la vida* (1901-02). Sus principales estudios trataron las causas de los asentamientos humanos, la estructura de los grupos sociales y sus relaciones con el medio físico que los cobija.

## UBICACION Y ESPACIO

por Federico Ratzel

### UBICACION

#### Qué es la ubicación geográfica

En la ubicación de un territorio se halla comprendida, por de pronto, la dimensión y la forma del mismo. Cuando digo extensión, me refiero también a magnitud de un territorio —es decir— a una ubicación de determinada dimensión y forma. La ubicación implica también pertenencia o vinculación. Cada parte de la Tierra otorga a los países y pueblos determinadas características y —de igual manera— cada parte de esa parte, según su ubicación. En ésta se halla incluido el clima, las plantas, la cultura y la situación política; en todos esos factores residen los efectos que se producen por pertenecer a un determinado continente, a parte de él, a un océano o por la vecindad de algún río o montaña.

La ubicación produce también un efecto recíproco. Nuestra concepción orgánica de los pueblos desaconseja visualizar a la ubicación como un concepto pasivo en cuanto a proximidad; por el contrario, comprende una dinámica entrega y recepción permanente. Desde el momento que China, Japón y Corea rodean al Mar del Japón, existe entre los tres países relaciones tan estrechas, que a sus respectivos pueblos sólo los podemos contemplar como miembros de un único

círculo cultural. Por analogía, en la antigüedad una sola comunidad cultural asoció a los pueblos del Mediterráneo. Pero no sólo debe pensarse en efectos positivos. Existen ubicaciones relativas, entre estados tan distintos, que producen un resultado negativo; así la católica Montenegro entre los pueblos eslavos de religión mahometana de Bosnia y Albania.

Por eso la ubicación constituye el concepto geográfico más rico en contenido. La mayor gravitación de la ubicación respecto de todos los demás factores que condicionan las relaciones de los pueblos, fuerza a considerarla con prioridad uno. Muchos engaños y desengaños sobre las consecuencias de ciertos requisitos geográficos se hubieran evitado si se hubiera tenido en cuenta lo afirmado. Por ejemplo: cómo desaparecen ciertas condiciones naturales de Grecia por su ubicación en el umbral hacia el Oriente.

Ante todo, el espacio —generalmente sobrestimado— debe ser colocado en segundo plano frente a la ubicación. Esta puede ser tan sólo un punto; sin embargo desde él pueden irradiarse efectos importantes. ¿Quién pregunta por el espacio cuando se refiere a Jerusalén, Atenas o Guanahani? La primacía de la ubicación sobre el espacio se mide en la importancia histórica de pueblos pequeños o en la insignificancia de igual género de pueblos grandes. Efectivamente: una gran parte de la antropogeografía está dedicada al estudio de las consecuencias de la ubicación.

### Ubicación natural y vecindad

La movilidad de los pueblos determina su expansión hacia límites naturales o hasta límites impuestos por otros pueblos. De esa manera, su ubicación geográfica está determinada por la naturaleza o por los vecinos. Por ese motivo un pueblo tiene siempre una doble ubicación: una natural y otra impuesta por la vecindad. La primera corresponde a un determinado hemisferio, zona, continente, península, archipiélago, isla, oasis; la ubicación con respecto a un mar, lago, río, desierto, montaña, valle o cerro. Cuanto más fuerte resulta la ubicación natural, tanto más independiente es el pueblo que la ocupa. Los pueblos insulares o montañeses evidencian, en su carácter, la fortaleza del medio que los cobija. En cambio, cuanto más fuerte es la ubicación del vecino, tanto más dependiente es un determinado

pueblo de ese vecino y tanto más fuerte puede influir aquél. Las ubicaciones naturales son tratadas detalladamente en el quinto capítulo de este libro; en cambio, los diversos tipos de vecindades van a ser analizados en este capítulo, en el orden que se establece más abajo. El párrafo que sigue pondrá en evidencia que no es posible separar radicalmente la ubicación natural de la vecinal.

Nosotros distinguimos las siguientes ubicaciones vecinales:

#### I. Ubicación interrelacionada:

- a) Ubicación central. Por ejemplo: los magyares en la cuenca del Danubio; los makololo en el Sambesi central.
- b) Ubicación periférica. Por ejemplo: los griegos en Asia Menor, los vascos en el golfo de Vizcaya, los malayo-polinésios en las islas Melanesias.
- c) Ubicación lineal. Por ejemplo: lapones en las montañas escandinavas.
- d) Ubicación serial. Por ejemplo: los pueblos del Sudán Central entre los océanos Atlántico e Índico.

II. Ubicación dispersa, por la cual se pierde la coherencia como pueblo a consecuencia de la separación espacial. Los mejores ejemplos lo proporcionan en todos los países de la Tierra las razas dedicadas al comercio (judíos, armenios, árabes en África y otros) y los inmigrantes a América que conviven en singular mezcla con los aborígenes, y viceversa.

### Grupos naturales de pueblos

La Historia enseña que los pueblos se pueden fusionar fácilmente entre sí por un acto de conquista, máxime si han sido vecinos. Pero esa fusión está totalmente condicionada por la naturaleza y por el grado de parentesco que liga a ambos pueblos.

Un pueblo ubicado entre otros dos, constituye —desde el punto de vista espacial— una transición y así actúa aun en el área cultural. Pero esa intermediación dependerá de las condiciones del pueblo que sirve de vehículo. Cuanto más parecidos sean los tres pueblos, tanto más fácil será esa intermediación; así ocurrió cuando los alemanes fueron durante largo tiempo intermediarios entre los pueblos europeos del sudeste y los del oeste. Aun cuando sólo haya identidad entre dos pueblos, la intermediación suele ser eficaz; tal el caso de

los ingleses en el siglo XVIII que intermediaron entre Europa y las manifestaciones espirituales de la India. Pero si el pueblo "vehículo" resulta totalmente distinto a los pueblos que lo encuadran, entonces el resultado puede ser negativo. Tal fue el caso de los mongoles y turcos entre Persia y China.

Los conquistadores trascendentes de la antigüedad no tomaron rumbos "contra natura", aun cuando lo hicieron intuitivamente. El imperio asirio se extendía desde los límites con Persia hasta Egipto y Chipre. Cuando cayó bajo el dominio de Ciro, los persas aportaron su país y partes de la India. Y cuando Alejandro destruyó Persia la anexó a Grecia, formando una cadena de estados que se extendía desde el Adriático hasta el Indus, estado por demás heterogéneo, pero ubicado —en general— entre los 30° y 40° de latitud N, extendiéndose del NO al SE, limitado al N por desiertos, y en el S por el mar, salvo en un sector que corría por el desierto arábigo.

La cuna de todos los pueblos románicos es el Mediterráneo, y alrededor de él y hasta sus confines se desarrolló el Imperio Romano, favorecido por la fuerza unificadora de ese mar interno. Las analogías geográficas y las facilidades para las comunicaciones contribuyeron para que numerosos aunque diferentes pueblos se unificaran bajo el Imperio.

Otra forma de esa conexión entre pueblos es la que surge de los que son vecinos, están interrelacionados entre sí y tienen elementos vitales en común o complementarios. Numerosos pueblos costeros o lacustres, cazadores o agricultores del Africa mantienen estrechas relaciones, pues unos dependen de los otros. Una situación análoga tenía a la vista Leroy-Beaulieu cuando afirmaba de la pequeña y grande Rusia: "sus habitantes están unidos por la geografía, la que no hubiera tolerado las debilidades de una existencia aislada".

Nadie duda con qué otro estado podría asociarse Portugal, pues difícilmente exista una mayor unidad total como la que presenta la península Ibérica. Aún la pintoresca abundancia de pequeños estados en la península itálica antes de 1860 podía hacer dudar de la unidad de los italianos. Algo más difícil es el caso de Siria, cuando la contemplamos entre las individualidades tan marcadas como las que presentan Asia Menor y Egipto, y nos preguntamos a cuál de las dos pertenece. En realidad, a ninguno de los dos: constituye un territorio de por sí y es —a la vez— el borde mediterráneo de Arabia. Este caso nos recuerda a otras franjas costeras que, separadas de su "hinterland", actúan como islas o penínsulas con significación polí-

tica. Semejantes sectores costeros tienen tales características naturales que pueden desenvolverse fácilmente con total independencia. La pertenencia de Dalmacia a la península balcánica occidental no puede ser puesta en duda, a pesar de los señores de las ciudades y los ocupantes de casas de departamento; y las provincias bálticas constituían para Suecia una posesión de segundo orden, mientras que para Rusia eran indispensables desde el punto de vista geográfico. Tanto el Mediterráneo como el mar Báltico constituyen, por ser áreas de gran tránsito, puntos naturales de atracción y motivan, por tal razón, la formación de grupos políticogeográficos que se conocen como potencias mediterráneas o bálticas, aunque su mayor significado radique en las relaciones culturales que provocan.

#### Ubicación interrelacionada

Los pueblos siguen o procuran seguir leyes gravitacionales en lo social y político agrupándose alrededor de un punto central; o bien, de manera interrelacionada, con lo que aparecen expansiones interrelacionadas, centrales o periféricas. Estas tres formas, en cualesquiera de sus manifestaciones aparecen en los pueblos maduros o de gravitación histórica. Ellos procuran su seguridad y la satisfacción de sus necesidades de intercambio en la unión, y poseen fuerza suficiente como para mantenerse aglutinados o para expandirse de esa manera. En cambio, la ubicación lineal o la dispersa la encontramos en pueblos fragmentados, o en aquellos que están en plena evolución positiva o retrógrada hacia la desaparición; frecuentemente —y con plena conciencia— se conforman con un mero ideal de unidad racial.

Naturalmente, juega en este proceso un importante papel el concepto espacial de cada grupo humano. Así, pueblos de horizontes estrechos se tranquilizan en situaciones difíciles cuando se encuentran ubicados en espacios restringidos. Una expansión carente de claros, capaz de ocupar todo un vasto territorio solo se da en los procesos culturales más elevados y se concreta solamente con pueblos de gran antigüedad histórica. Cuando la expansión se ha detenido, las áreas cubiertas se redondean, mientras que contornos quebrados indican —para una expansión en pleno desarrollo— el pasaje a fases de retroceso.

## Expansión incompleta

Una expansión que afecta a un dilatado territorio sin cubrirlo totalmente representa, por parte de una cultura superior, un proceso histórico incompleto (Alemania Oriental, Austria, Hungría, Península Balcánica), aunque normalmente se da en estadios inferiores. Se ha llamado "expansión americana" a la forma en que los tupí abarcan desde el Paraguay hasta el Amazonas, o en la forma en que lo hicieron los cribes en el NE de Suramérica, los aimará en el Alto Perú y Bolivia, ocupando vastos territorios y siendo los únicos dueños de los mismos. Pero semejante forma de expansión pertenece a los estadios culturales y no al terreno o a la raza. Es curioso destacar que los descubridores y conquistadores portugueses chocaron inicialmente sólo con los tupíes, por lo que su idioma sirvió de intercomunicador entre europeos e indígenas. El guaraní fue empleado en el Paraguay y en el sur de Brasil como lengua oficial y literaria. Investigaciones más precisas determinan que existían bajo los tupíes otras tribus y pequeñas agrupaciones humanas; y que tribus muy expandidas y que habían sido confundidas con otras razas pertenecían, efectivamente, a los tupíes.

Al norte del Amazonas encontramos una variación de esta expansión que, injustamente, ha sido ubicada en oposición a la descrita en el párrafo anterior. Se trata, en realidad, de una distinta etapa de evolución. Una extraordinaria cantidad de pequeñas hordas y tribus, con los más variados nombres, aparecen como si los grandes grupos humanos hubieran sido dispersados (por traslados, guerras y otras catástrofes desconocidas) en pequeñas y débiles fracciones. En esa zona existen grupos compuestos por una o pocas familias, totalmente apartadas de sus vecinos, ocultos en la oscuridad de la selva y que solo se dejan ver, presionados por acontecimientos exteriores. Se trata de la misma dispersión que Lauterbach comprobó en mucho mayor grado en la Guinea Alemana desde la base de las montañas Bismark, como una de las características más salientes. "En uno de los grupos de esa gente se puede —junto a individuos delgados y gráciles— encontrar pesados, anchos de forma, con alturas que oscilan entre los 4 ½ y 6 pies. El color de la piel marca también diversas gradaciones que van de un poco común tono bronce algo claro, hacia el más común marrón oscuro. Yo considero que estos aborígenes son mestizos debidos a la mezcla de los primitivos pobladores de la

montaña con las tribus costeras que penetraron a lo largo de los valles fluviales, no logrando constituir un tipo racial estable en sus conformaciones antropológicas."

## Las ubicaciones central y periférica

Ambas ubicaciones se condicionan y se complementan. Un pueblo ocupa el interior de un continente o de una isla, cuyos bordes son utilizados por otros pueblos; o, en otra situación natural, totalmente rodeado por pueblos de otro tipo.

Se puede asignar a esta forma de ubicación un carácter totalmente pasivo, en la medida en que los pueblos implicados no se encuentren en avance. De todas maneras, las situaciones vecinales se hallan afectadas de falta de independencia. Dada la flexibilidad implícita en muchas características de determinados pueblos, no puede descartarse que vuelvan a resurgir; pero, normalmente, ello solo podrá ocurrir cuando se produzca la concentración de toda la fuerza disponible en una sola mano.

Un ejemplo de ubicación central de pequeños pueblos montañoses, lo proporcionan los reto-románicos en los Alpes europeos, con un alto grado de pasividad. Cuando se trata de pueblos más grandes con situación central, por lo común no puede saberse si se encuentran en expansión o en regresión. Ello nos recuerda a los tres grupos germánicos de Siebenbürgen, a los checos de Bohemia; inclusive a los magyares. Normalmente, el encierro de un pueblo en una situación central representa —al mismo tiempo— la declinación de su sentimiento nacional, como lo atestigüa el ejemplo actual de Polonia y los escoceses en la antigüedad. A la inversa, resulta mucho más prometedor, cuando un pueblo consigue producir una brecha en el cinturón que lo rodea o cuando consigue manifestar alguna fuerza expansiva. No en balde fue durante un siglo el grito de "Al mar, magyares", uno de los estribillos políticos de la nación húngara; de igual manera, los montenegrinos recién se pudieron considerar independizados cuando lograron salir de sus montañas y hacer pie en las costas marinas.

A la larga, la naturaleza no permite que un pueblo permanezca inmóvil; tiene que retroceder o avanzar. Esta última actividad apunta siempre al accidente geográfico importante más próximo: sea el mar, un río o una cadena montañosa que ofrezca protección.

La historia de los pueblos y la diseminación de los mismos evidencian gran cantidad de hechos, que pueden ser considerados como una consecuencia de la reacción de la periferia contra el centro. La historia de los descubrimientos nos muestra en Africa la famosa "mancha blanca" en la periferia de territorios conocidos; la historia de las colonias en zonas no europeas evidencia desde la época de los fenicios y griegos hasta la reciente crónica australiana y norteamericana, una expansión en la periferia de las islas y continentes, a la cual siguió recién un avance hacia el interior. La expansión geográfica de los pueblos distingue claramente los lacustres de los costeros. A pesar de que no en todas partes (como ocurre en el Archipiélago Malayo, Africa Occidental y Madagascar) se produce una diferenciación tan clara entre pueblos costeros y lacustres, debe considerarse como una expansión periférica a la de los griegos en la península Balcánica, y en Asia Menor, la de los normandos en Francia y Sicilia, y la de los moros en Francia meridional. Inclusive, la formación del Imperio Chino es, en alguna medida, el envolvimiento periférico de los pueblos montañoses del interior, cuya unificación y concentración fue una de las más importantes acciones de los últimos decenios del desarrollo interior del Imperio Celeste.

En la presión ejercida desde la periferia hacia el interior por pueblos venidos del mar, vemos la movilidad casi ilimitada que posibilita el mar y la disponibilidad de ricas posibilidades auxiliares que aporta la navegación. No es necesario pensar, en este caso, solamente en conquistas lanzadas desde el mar hacia el interior de un territorio. Puede tratarse también de procesos culturales de expansión, alimentados por la sensación de independencia y por las mayores posibilidades políticas y económicas que se dan en la frontera, especialmente si es marítima. Así vemos a los misioneros cristianos en Africa y Australia penetrar junto con las mercaderías europeas, mucho antes que la colonización y la formación de estados.

Quizá la perspectiva más favorable nos resulta en la ubicación periférica de los estados gobernados despóticamente, en cuya capital reside un tirano, cuya maldad y arbitrariedad disminuyen a medida que uno se aleja de su asiento, y cuyo poder —afortunadamente— disminuye con la misma rapidez con que se aproxima a la periferia. Casi todos los imperios africanos constituyen un ejemplo de este tipo; piénsese en los países como Luanda y Kasembe. También el Lejano Oriente es rico en tales ejemplos. A estos pueblos sojuzgados suele llegarles la salvación desde la periferia, donde existen comuni-

dades que se animan a respirar y, con el aire más puro de libertad, aspiran capacidad de resolución. En el Imperio Persa los levantamientos periféricos de los sátrapas, más de una vez cobraron importancia históricomundial. También la dinastía turco-persa de los Gashnavidas (siglos X y XI), a quien el Islam debe la firme anexión de Afganistán y Beluchistán y la profunda penetración hacia la India, se formó en Ghasna, sobre la frontera irano-india. Basta recordar, de paso, al Anábasis y al joven Ciro. En menor medida, la Europa del siglo XVIII tuvo un panorama similar. Por diversos motivos, resultó más eficaz hacer avanzar revoluciones desde "afuera" hacia "adentro"; de ahí que en épocas aciagas para Alemania, los estados fronterizos se convirtieron en asilo para héroes o perseguidos, adquiriendo esos países gran importancia —precisamente— por su posición periférica respecto de Alemania.

Sobre semejantes fenómenos, cada vez menos frecuentes, se destaca la nivelación de las desigualdades nacionales en las zonas fronterizas y periféricas, aspecto que será tratado en el capítulo "Fronteras".

### Expansión dispersa

Hemos visto en el capítulo dedicado a los movimientos históricos, cómo un pueblo puede colocarse en el centro de otro, produciendo una cuña en el otrora territorio cerrado. Así, por ejemplo, lograron los semitas cortar el territorio de los hamitas, partiendo desde Arabia del Sud. Con mayor frecuencia, un pueblo busca abrirse paso entre radicaciones de otros pueblos, procurando repetidas veces infiltrarse, hasta que —en el mejor de los casos— consigue pasar a la totalidad de sus miembros. Ocupa luego, en el interior, una serie de pequeños territorios que se comportan como un archipiélago y cuya coherencia dependerá de la mayor o menor resistencia del pueblo infiltrado.

Idénticas islas pueden formarse por la dispersión o fragmentación de un pueblo, al cual se le introduce otro más fuerte que se va abriendo camino. La diferencia entre uno y otro tipo de isla estará dada por los signos de una dinámica marcada por el segundo tipo.

Junker señaló la existencia de "extraños" agrupados en colonias, en el territorio de otra tribu, tal como ocurre frecuentemente en el territorio de los sandeh. Pobladores pertenecientes a los bambo y

pambio convivían con los sandeh, pero en condiciones de inferioridad, pobres y hambrientos. En los relativamente pequeños territorios de los palembatas, limitados al Sud por Ndoruma, encontró también “la habitual mezcla de tribus dispersas y restos de otras agrupaciones humanas. Aquí se ubicaban, como sirvientes, las tribus de los amadi, baschir, augú y marango. A las órdenes de un cabecilla Robbia se había ubicado en su territorio toda una tribu de amadis. Por otra parte, éstos han abandonado sus posesiones en el Este por problemas políticos y se han dispersado ampliamente en el Norte, entre los sandeh y al Sur de Nelle”.

Desde el informe Stuhlmann sobre los territorios al Este del Wa Huma, sabemos de numerosas colonias que han emigrado desde las mesetas hacia occidente. En las orillas meridional y occidental del lago Alberto vivían independientes una serie de caciques Wa Nyoro, que en parte había abandonado sus anteriores posesiones por luchas intestinas. Más hacia occidente había otros caciques de la misma tribu, aislados entre sí, pero ubicados en medio de otra, la de los Wa Ssongora, en la meseta de Melindwa. La relación con la “patria” sigue siendo tan fuerte que un cacique, llamado Kavali (hecho conocer por Stanley y Emin Pascha) y sus sucesores debían ser sepultados en los territorios de origen. Los restos del tal Kavali debieron ser transportados sobre el lago hasta Bagoma.

Más al Este colonizaron los Wa Nyamwesi. Oscar Baumann, quien los conoció en Ussandini y Umbugwe, los calificó de “portadores de cultura o, mejor, semiportadores de cultura de primer orden”. Los Unyamwesi tienen exceso de miembros, lo que los lleva a emigrar, dedicándose a la agricultura y al comercio (según el modelo árabe).

### Expansión fragmentada

Otra fisonomía adopta la expansión fragmentada, que es la que le ocurre a un pueblo de bajo nivel cuando penetra en otro de alto nivel. El primero pasa a ocupar los lugares menos favorables del territorio común, lugares donde es arriñonado y donde pocas veces se concentra masivamente. En Africa ecuatorial y meridional apenas si existe alguna tribu de gran magnitud que no albergue en su seno fragmentos dispersos de los watwa, una pequeña tribu de cazadores. Precisamente, por esta atomización es que muchas tribus pasaron

inadvertidas a los ojos de los exploradores. Los relatos de Hans Stagens acerca de los wayganna, una tribu de cazadores de las montañas orientales de Brasil, hablan de seres hábiles con el arco y las trampas que —temidos por las tribus más grandes— se ubican entre ellas, llegando la similitud con el caso africano hasta en las características antropológicas.

También los relatos de Martius refieren sobre un grupo humano menor (los mura) en Madeira y Solimoes, perseguido por todas las demás tribus, lo que lo obliga a vagabundear al estilo de los gitanos. Los punan de Sarawak también se parecen mucho a los bosquianos africanos, como sólo se encuentran en Borneo septentrional; es decir, en permanente movimiento, viviendo de la caza y de los frutos de la selva, sin plantaciones, chozas o botes, temidos como excelentes guerreros y por conocedores de la selva. Naturalmente, deben ser contemplados como restos de los habitantes primitivos de Borneo; por sus formas precarias de vida también deben ser asimilados a los grupos africanos citados anteriormente.

La expansión fragmentada significa para los pueblos así atomizados una marcada diferenciación social y de trabajo muy singular. Por lo regular, ello ocurre con tribus de cazadores, pescadores o simples moradores de la selva que quedan dispersos y semisubordinados a los pueblos de agricultores o ganaderos que los superan en cantidad y en nivel económico y social.

### Interior y exterior

La diferencia entre un desarrollo histórico polifacético y uno unilateral estriba en el contacto de un pueblo con su vecino. Resulta de gran importancia para la caracterización de la historia de un pueblo, determinar de qué lado de su frontera se desenvuelven los acontecimientos históricos trascendentes; de esa manera, será posible comprobar cómo tales acontecimientos trascendentes coinciden con cambios en la situación del “lado histórico” de un determinado pueblo. El vecino más poderoso será el que condicione la situación de la frontera más importante e históricamente más eficaz, en una determinada época en la vida de un pueblo.

Además del vecino más poderoso, habrá siempre una influencia permanente, cual es la proveniente de la dirección adoptada por un

pueblo en procura de una cultura superior y de centros de poder económico, todo lo cual influirá decisivamente sobre un determinado sector del país. Tal ocurrió indudablemente con todos los países europeos con respecto al sector occidental de Europa, donde la coincidencia del mar con los centros culturales y económicos hizo de ese lado la parte más importante del continente. Que ello no siempre fue así lo enseña la historia a través de las relaciones entre alemanes e italianos, entre franceses y los pueblos mediterráneos. Hoy, por la presencia de Norteamérica, la importancia del sector occidental crece continuamente. En esta dirección tan gravitante hacia un determinado lado reside el germen de la dependencia, aspecto que resulta compensado, a la larga, por la multiplicidad de fronteras y por la propia magnitud de los países considerados.

Distinto resulta para pueblos ubicados unilateralmente, como el español, que para todos sus contactos con Europa continental debe hacerlo a través de Francia y sólo conoce "lo francés", lo que lo induce a transformarse política y culturalmente en satélite de Francia y de los franceses. La historia de naciones de ubicación "simple" resulta siempre impregnada con un cierto carácter unilateral. La historia de Grecia cae bajo el concepto greco-asiático, la de Roma corresponde al momento más rico en consecuencias para el área ítalo-africana, los daneses estuvieron largo tiempo bajo influencia alemana y lo mismo ocurrió con los ingleses respecto de los franceses.

Al analizar las principales direcciones de los movimientos históricos, hemos visto cómo el lado privilegiado de un pueblo se muestra de esa manera hasta en los detalles menores. Ello lo comprobaremos también al analizar la situación de los pueblos costeros, en la contraposición costero-lacustre. Ella influye también preponderantemente en la ubicación y conformación de las colonizaciones, donde la preferencia por determinadas direcciones cardinales surge con toda claridad. En las ciudades europeas, por razones climáticas, siempre se prefirió el lado Oeste; pero también los árabes y sirios esperan sus huéspedes desde esa dirección, inclusive a sus enemigos; de ahí que los campamentos se abran hacia esa dirección y que la carpa del sheik sea la más occidental.

Para grandes agrupamientos que rodean un territorio central irradiante, tal como Asiria y Babilonia o el Mediterráneo o todo un continente, existe siempre un "interior" y un "exterior". Con respecto a los espacios ecuménicos podría también involucrar a los continentes en un lado interior y en otro exterior; pero allí es necesario

destacar de inmediato que tales conceptos están expuestos a los cambios que el tiempo impone. Africa occidental y ante todo Africa sudoeste fue "lado exterior" mientras la historia se desarrolló en el Mediterráneo y en el Océano Indico; pero se convertirá en "interior" y en mayor grado en cuanto se desarrolle una historia atlántica. Para todo el pasado, hasta donde llega nuestra visión y aún para un futuro bastante lejano todavía, semejante calificación vale para Sudáfrica y Australia, de cara al vacío. Los extremos australes de todos los continentes ubicados o que se extienden en el hemisferio Sur nunca tendrán resultados positivos con el intercambio con los pueblos ubicados enfrente, puesto que el campo de atracción de sus relaciones se encuentra a sus espaldas. Lo mismo ocurre con las tierras del hemisferio Norte que se aproximan al Polo Norte, bañadas por el Mar Artico y que proporcionan el raro ejemplo de costas desiertas de gran magnitud. Pero aquí la situación queda compensada por la mayor amplitud de las masas continentales en el sentido Este-Oeste, lo que facilita las comunicaciones laterales.

### Ubicación contrapuesta

En cada país, las mayores diferencias culturales y políticas se ubican en grandes áreas enfrentadas, las que se suman a las de carácter geográfico para subrayar tales diferencias. En Norteamérica, los negros se trasladan hacia el Sur y se concentran en los estados ubicados sobre el golfo de México; en áreas montañosas, los pueblos dependientes se repliegan hacia el interior, dejando las tierras bajas a los invasores triunfantes. Algunos colocan un brazo de mar entre la vieja y la nueva patria. Polonia contrapuesta recuerda al choque de dos corrientes eléctricas. Pero esta imagen no debe ser considerada como un enfoque preciso de las singulares manifestaciones que tienen las vidas de los pueblos. Existen corrientes de distinto signo; pero, en cambio, coexisten miles de fuerzas contrapuestas en los pueblos y en los estados. La diferencia entre Piamonte y Sicilia es sólo una de las muchas que actúan dentro del pueblo italiano; con todo, ella materializa las contradicciones más antiguas, grandes y eficaces, las que tienen fundamentos igualmente valederos en lo geográfico, etnográfico e histórico. No debe asombrar que por su potencia, las pequeñas diferencias sean absorbidas y oscurecidas de

tal manera que exista la tendencia a dividir a los italianos en "del Norte" o "del Sur" exclusivamente, con lo que resulta reforzada la diferencia entre ambas zonas. Es importante destacar que no siempre el espacio resulta suficiente en todas partes como para establecer una partición entre las diferencias. Entonces las diferencias étnicas se hallan tan próximas unas con otras y se radicalizan de tal manera que ya no pueden influirse recíprocamente.

De la misma manera que al sur del Río Negro y de Chiloé, las diferencias de las formaciones costeras y del suelo se aproximan, también se encuentran enfrentadas y próximas las diferencias antropogeográficas y etnográficas. Los pueblos pertenecen allí a las clases de cazadores o pescadores, que ya conocemos. El borde occidental pertenece a los pescadores, el Este a los cazadores. El territorio de estos últimos es mucho más extendido, pero —sin duda— con una mucho menor densidad de población que las islas y franjas costeras ocupadas por los que pescan.

### Las formas del retroceso

Hay territorios cuya forma anticipa capacidad de crecimiento y expansión, mientras otros —desde la primera mirada— permiten reconocer una evolución negativa. Una fuerte capacidad de crecimiento, por parte de un pueblo, abarca todas las ventajas que se brindan en su área o evidencia el firme propósito de alcanzarlas. No todos los pueblos ven sus ventajas en los elementos positivos del área que lo rodea. Los europeos y los pueblos a que dieron origen procuran alcanzar el mar y cuando lo han logrado, se lanzan profundamente a navegarlo. Por tal motivo, la colonización de Europa occidental y central fue en sus comienzos una colonización costera, aunque no tan unilateral como la griega o la fenicia. Si los europeos se veían constreñidos a áreas lacustres, entonces procuraban abarcar los cursos de agua correspondientes (como los rusos en Siberia), apoyarse en cadenas montañosas para, finalmente, ocupar también las crestas de dichos obstáculos. Si las montañas contienen hierro, son abarcadas en su totalidad. Así permanece una tribu sobre el borde del desierto; luego avanza hasta el próximo oasis. Los egipcios se expandieron a lo largo del archipiélago de oasis que posee el desierto de Libia y los romanos hicieron otro tanto, avanzando desde Trípoli hasta Fessan.

A la inversa, un signo de retroceso está dado por la pérdida, para un pueblo, de los lugares que son especialmente valiosos para él. Una evidencia de la decadencia de los mongoles (en parte también de los kirguisos) se tiene en el hecho de haber sido desplazados de los mejores lugares de pastoreo que tenían en el desierto o en las partes semiáridas. Un síntoma similar está dado para los indios de Norteamérica por haber perdido sus áreas boscosas y praderas. En estos casos es necesario tener en cuenta las diferentes exigencias que cada pueblo plantea al suelo.

Sobre la costa o en las islas de un continente se considera que los pueblos allí estacionados han sido forzados a ello. Pues se piensa: pueblos dinámicos, disponiendo de áreas tan favorables, seguramente hubieran penetrado hacia el interior del continente. Pero, es necesario considerar que para un pueblo de pescadores, tales lugares son los más deseables. Por eso no puede tomarse como un signo de decadencia que los ingleses ocuparan solo las costas en los alrededores de la isla Terranova, mientras que los aldeanos franceses ocupaban el interior de Quebec, Acadia, Nueva Escocia. Ambos pueblos se hallaban en avance; en retroceso sólo estaban los indios que habían sido desplazados, por los ingleses de los lugares de pesca y por los franceses de los de caza.

Los restos de idiomas no arios de Europa (particularmente vasco y ligure en el sudoeste, etrusco en el sur, y finlandés en el norte) constituyen prueba evidente de que las sucesivas olas de inmigrantes arios penetraron desde el este a Europa, y que desplazaron o absorbieron a los ocupantes primitivos, hasta casi su total desaparición. Un idioma como el vascuence, que cubre una reducida área hoy (1899), formando una ínsula idiomática, como si fuera el pico más alto de una cadena montañosa hundida, necesariamente tiene que haber cubierto anteriormente una superficie mucho mayor. Sólo así se explica la gran cantidad de localidades y parajes españoles que aún hoy mantiene su denominación vasca. Conocida es la demostración realizada por W. von Humboldt acerca de la expansión de los vascos en Iberia, mientras que no pudo constatar su afirmación de que ellos también hubieran abarcado Aquitania. El proceso es concebido por analogía con lo ocurrido en Britania; también es extensible a las migraciones continentales. Pero donde ello es inadmisibles, es en el Mediterráneo; basta con mirar en derredor para comprobar la expansión de pueblos activos a lo largo de las costas y de las islas.

O es suficiente con recordar a los griegos en la actualidad y a la expansión romana (y de los pueblos a que dio origen) desde la periferia del Mediterráneo hacia el interior del continente. Sin compartir las fantasiosas ideas de Sergis, consideramos como muy factible una interrelación de pueblos a través y alrededor del Mediterráneo, así como la de éstos chocando con los pueblos que provenían del este. La singular situación marginal de los celtas, oscuros y oprimidos, en Europa occidental y en sus islas escalonadas, no nos permite por ello deducir que se trata de uno de los pueblos más antiguos de Europa, cualquiera sea su origen: autóctono o inmigrado. Cuando contemplamos la singular área de expansión de los celtas recordamos un problema biogeográfico de Irlanda que nos dice que en sus zonas meridionales encontramos plantas y animales emparentados con similares de Europa sudoccidental.

Y cabe preguntarse al respecto: ¿se los encuentra en el sur de Irlanda porque emigraron desde el sureste? ¿O fue el avance de los hielos de Irlanda septentrional el que desplazó a esas especies hacia tales lugares? Cualquiera que sea la respuesta que se enuncie habrá que admitir que entre la situación actual y aquella migración o desplazamiento tiene que haber habido una gran cantidad de transformaciones que seguramente oscilarán entre la total desaparición de los inmigrantes entre la población autóctona y la vital propagación en terreno sumamente apto.

Cada territorio ocupado por un pueblo, que se distinga por ser angosto, fragmentado o marginal merece ser investigado si es así por retroceso, estrechamiento o atomización. Generalmente, tales oposiciones se aproximan bastante a la verdad. Por ejemplo: debido a que la Galia aparece como el territorio más cerrado de los celtas, en momentos en que éstos aparecen en la historia, esa región es considerada como el origen de los grupos célticos localizados en Bretaña, Iberia, en los Alpes o Italia septentrional. Aun un investigador tan cauto como Freemann consideró esta hipótesis como cierta. Pero, además, supone que los restos de grupos célticos fuera de la Galia provienen de los que emigraron hacia el oeste. Freemann no cree en un espacio mayor, fragmentado posteriormente.

La enorme cantidad de fragmentos y grupos menores de pueblos que pueden ser comparados con escollos marinos que apenas sobresalen del agua, proviene del hecho de que cuando un determinado territorio es reducido, no se contrae simplemente, sino que se fragmenta en islas u oasis que pueden dar la impresión de haber sido

instalados desde el territorio madre. En ello reside la diferencia entre islas de avance e islas de retroceso; estas últimas evidencian normalmente las huellas del angostamiento o fragmentación de un determinado territorio. Las islas idiomáticas alemanas en Moravia evidencian, por su ubicación entre el compacto territorio alemán de Austria y Bohemia, a primera vista manifestaciones de retroceso. También donde el territorio de un pueblo presenta características de istmo, aparecen en su proximidad "islas".

Un pueblo que penetra en otro vive desperdigado en islas: las colonias europeas en Norteamérica de los siglos XVI y XVII tuvieron esa característica, aunque posteriormente se fundieron y se unieron para la expansión.

## EL ESPACIO

### El espacio, la vida y el desarrollo

El análisis espacial tiene que partir de los 510 millones de kilómetros cuadrados que posee la superficie terrestre. A pesar que buena parte no está habitada por el hombre y que 21 millones pertenecen a las desconocidas zonas polares, y que sólo el 28 % es tierra habitable, sin embargo, a pesar de todo ello puede considerarse a la Tierra como el planeta del Hombre. Aquellos 510 millones de kilómetros cuadrados constituyen la máxima dimensión para la vida humana, para los desplazamientos de los pueblos y para la concepción espiritual. Los restantes cuerpos celestes pueden influir sobre nosotros por medio de la luz o del calor; pero aquí (en la Tierra) están las raíces de la vida y aquí las máximas posibilidades de expansión vital. Las expresiones más antiguas de vida dependen de este espacio, tanto como las formas nuevas; aquí cumplió su desarrollo el género humano. El espacio terrestre es la primera e inmodificable condición para la vida. Es posible imaginar a un pueblo en uno u otro lugar; pero para la Humanidad sólo hay un espacio posible.

La multiplicación de los habitantes de un país modifica su relación espacial; a medida que crece la cantidad, disminuye el espacio al que tiene derecho cada individuo y con ello se modifican las demás

condiciones de vida. Cada pueblo ha vivido este proceso y ha experimentado las mismas circunstancias. De igual manera, la Humanidad como suma de todos los pueblos, ha vivido un proceso similar y ha sufrido por ello las consiguientes modificaciones. Por eso es que las modificaciones espaciales constituyen importantes síntomas en la evolución de los pueblos y de la Humanidad.

El primero y más importante problema biogeográfico relacionado con el espacio es el que liga a la vida con el espacio terrestre. Espacios pequeños se aglomeran en el seno de uno mayor y se modifican en la misma relación en que el mayor permanece inalterado. Si contemplamos con perspectiva la vida de un determinado lugar, veremos que él ha sido distinto en momentos diferentes. Así, las zonas polares no siempre fueron desoladas y reducidas. La Tierra ha conocido mayores temperaturas en los polos, con una vegetación suficientemente importante como para formar carbón de piedra. También hay carbón en las islas Kerguelen, donde hoy la vida es menos que incipiente. En tales tiempos la Tierra ofreció mayor espacio a las manifestaciones de vida, de lo que lo hace hoy. Lo contrario lo brinda la historia de nuestro planeta durante las glaciaciones, las que obligaron a retroceder hasta el Ecuador a las manifestaciones vitales que habían avanzado hasta el Polo. Con ello fue disminuido el espacio disponible para la vida; la biosfera fue reducida a un cinturón.

La determinación del "lebensraum" que la Tierra ofrecía en un determinado momento, o su mera estimación, es vista como una importante tarea, no sólo porque de ese espacio depende la magnitud de vida posible, sino porque aparecen distintos motivos de diferenciación relacionados con su magnitud. El desarrollo de nuevas formas de vida siempre dependerá del espacio disponible (se coincida o no con Moritz Wagner en la dependencia de las especies naturales del tipo de espacio o se coincida con Darwin en atribuirle solamente una relativa influencia). El período de la historia de la Tierra durante el cual el espacio vital quedó reducido, vio el desarrollo de la vida operarse con mayor lentitud, por la necesidad de crear nuevas formas. Pero siendo la superficie terrestre siempre distinta, de acuerdo con los testimonios de geología (tanto en altura, como en conformación), resultan las ampliaciones del espacio vital como motivadoras de mayores diferenciaciones frente a un mayor espectro de suelos disponibles.

Un espacio amplio acentúa estas diferencias, tanto desde el punto

de vista espacial cuanto geográfico. Basta pensar en Groenlandia libre de hielo, para imaginar cuánta y diferente vida podría contener; lo mismo respecto de la Antártida. Países plétóricos de vida, próximos a los polos, conservan (como lo hace Australia) formas arcaicas de vida o deben haber facilitado la propagación de formas nuevas a través de caminos naturales que hoy no existen.

El análisis del espacio no nos autoriza a ver en la creación una simple acumulación de hechos. Una forma de vida no desplaza simplemente a otra para luego desaparecer. Toda nueva forma necesita espacio para realizarse; más aún: para consolidar y propagar sus características. La creación se nos aparece como compuesta de hechos sucesivos; pero necesariamente tiene que haberse desarrollado en espacios vecinos, en cada etapa. La creación necesitó espacio y la Tierra lo brinda de manera limitada. Cuvier pasó por alto esta dificultad al establecer un estricto orden cronológico de sucesivas creaciones. A la primera la hace aniquilar; a la segunda la hace aparecer sin problema de la nada, suponiendo un desarrollo a partir de cero. Cuando ésta sucumbe, aparece la tercera, y así sucesivamente. Cada creación encuentra así un espacio vacío. Nosotros no podemos tomar el espacio ni a su problemática de manera tan simple. En todo tiempo hay formación y destrucción. Aquí se produce vida; allí desaparece. Por todas partes conviven ejemplares jóvenes con viejos. Cada punto de la Tierra ha sido alguna vez origen de creaciones, dando lugar a formaciones que luego se esparcieron en mayor o menor espacio. Un nuevo producto convive con uno anterior. Cuántos pueden hacerlo depende del espacio disponible. Si en el territorio de un pueblo penetra uno más fuerte, entonces éste se apodera del territorio y lo presiona de tal manera que el primitivo ocupante pierde su agarre al terreno y desaparece (por ejemplo: los tasmanios, muchas tribus indígenas). La superioridad de un pueblo sobre otro se materializa en el espacio, al que rápidamente ocupa, explora, puebla, aprovecha, acelerando estos procesos; y como la superioridad siempre es privativa de las culturas superiores, éstas desplazan a las inferiores. Por eso el ascenso y la desaparición no afectan solamente a los pueblos, sino que involucra también a las culturas y a las circunstancias espaciales, por lo que la problemática del espacio domina toda la historia.

## El espacio y la Humanidad

El espacio abarcado por la Humanidad se llama ecuménico. El forma un cinturón que abraza la Tierra entre los polos, cubriendo las zonas templadas, subtropicales y tropicales, y parte de las frías. Cubre 5/6 parte de la superficie total de la Tierra. La parte conocida es más grande, por lo que hoy (1899) sólo restan 21 millones de kilómetros cuadrados como desconocidos (5 en el hemisferio norte y 16 en el opuesto). Expediciones exitosas al Polo Sur reducirían sensiblemente estas cifras, sin por ello acrecentar la parte habitable del planeta. Si consideramos al hombre como especie biológica y la comparamos con las plantas y los animales, comprobaremos cuán grande resulta el espacio que abarca. Algunos espacios de determinadas variedades vegetales o animales tienen una magnitud casi igual, debido a que se expandieron como acompañantes del hombre. Debemos suponer que primitivamente el espacio abarcado por el hombre fue reducido por la glaciación, partida desde ambos polos. También debe contarse con que hubo épocas de mayor temperatura. En la actualidad, 125 millones de kilómetros cuadrados sirven de asiento de la Humanidad, y en ellos se desenvuelven los pueblos y los estados. Poco entenderemos a un pueblo si, además de su asiento físico, no tenemos en cuenta su área de influencia. Tampoco entenderíamos a la humanidad si sólo tuviéramos en cuenta el espacio habitado y no consideráramos que toda la tierra es su área de influencia. Hoy no puede imaginarse a un pueblo civilizado que no cubra al planeta en el orden cultural y económico.

Como todos los seres vivientes, también el Hombre procura expandirse. Cuanto más movilidad y capacidad de adaptación posea un organismo, tanto más lejos se expandirá y tanto más rápidamente desplazará a los débiles. Así puede apoderarse de toda la Tierra y no dar lugar a grupos que se repliegan. Entonces solo pueden producirse segregaciones superficiales por no haber espacio suficiente sobre la Tierra para desarrollos especiales. Por eso las diferencias grupales no residen en el acondicionamiento interior que influyen sobre el curso de la vida, sino en la misma piel, o sea, exactamente, en la superficie. Así se forman solamente razas; ni siquiera especies. Y tales razas son escasas en relación con la superficie terrestre. Nosotros vemos desaparecer a las tribus australianas, de la misma manera que ocurre con las norteamericanas; y cuando hayan desaparecido habrá desaparecido también una diferencia humana sobrante.

De tal suerte avanza un proceso de igualación; aquí por simple desaparición y allá por mezcla e incorporación en la sangre más fuerte. Las nuevas formaciones, hay que destacarlo, reclaman cada vez mayores espacios para su desenvolvimiento.

El regeneramiento de una tribu por exogamia será factible en aquellos casos donde sea posible tomar mujeres de territorios distantes. En pequeños, en cambio, particularmente islas reducidas, no será posible aportar nueva sangre. Ello puede ser la causa de la retrogradación de un pueblo.

## Los espacios naturales

El ámbito terrestre es dividido por el mar en espacios menores de magnitud variable, que surgen como islas de su seno. Las mayores de ellas son las islas mundiales de Eurasia (con Africa) de 83 millones de kilómetros cuadrados, América con 38 y Australia con 7,7. A partir de estas masas terrestres siguen las grandes islas propiamente dichas: Groenlandia (2,2), Nueva Guinea (0,8), Madagascar (0,6), las islas del Japón (excluyendo Formosa, Liukiu y otras) 378.000, Gran Bretaña e Irlanda (314.000), Nueva Zelandia (268.000) hasta llegar a las más pequeñas como Ascensión (88 km cuadrados), o aun Helgoland (0,6) que puede ser contemplada como un pequeño espacio independiente, restando infinidad de islotes deshabitados. Aunque la magnitud de las islas no es un índice definitivo para las condiciones de vida en ellas, es, sin embargo, un condicionante de la cantidad de población que puede contener. Así viven sobre la mayor isla mundial (Eurasia-Africa) cerca de 1350 millones de seres, 130 en América, 5 en Australia, 3,5 en Madagascar, 0,5 en Nueva Zelandia, mientras que en Ascensión sólo hay 140 habitantes y en Tristan da Cunha, 97.

La pertenencia a un continente como Europa o Australia no permite a los pueblos una expansión tan grande como la de continentes mayores; pero, en cambio, le permite gozar de una mayor diversidad de situaciones geográficas cuyas condiciones naturales no pueden repetirse tan frecuentemente; así como una mayor participación de los países en las áreas periféricas. De ahí que en continentes menores las regiones centrales casi desaparezcan; razón por la cual en Europa no puede haber una zona central como la tienen Asia y Africa.

Todas las expansiones son influidas por la naturaleza del suelo que utilizan. Ellas pueden avanzar rápidamente en amplios espacios donde no hay obstáculos y se ubican seguras en áreas reducidas, donde la naturaleza ha colocado obstáculos de protección. Esa es la razón por la cual numerosos pueblos pequeños se ubicaron inicialmente en islas, valles, bosques intransitables, etcétera. Los grandes espacios abiertos son ocupados, en cambio, por pueblos de magnitud o por países integrados por varias agrupaciones humanas menores. Las masas continentales de Eurasia y Norteamérica, ubicadas con relativa proximidad, constituyen los mayores territorios disponibles para el hombre. Europa septentrional, Asia central y del norte y América están ocupados por mongoloides, mientras que las áreas meridionales muy separadas entre sí están pobladas por negros oscuros y claros, australianos, tasmanios y americanos.

De las razas humanas, es la mongoloide la que mayor expansión ha tenido. Ella cubría antiguamente Eurasia septentrional desde el Atlántico al Pacífico, además de Asia central, oriental y sudoriental, toda América y la mayor parte de las islas del Océano Pacífico. Por los vastos territorios abarcados, es la raza que mayores diversidades presenta; cubre desde las culturas de Asia oriental, hasta los esquimales y ocupantes de Tierra del Fuego y no hay forma o nivel de cultura que no haya sido asumido por ella. El espacio cubierto habla también del espectro de situaciones culturales abarcado. A la inversa, el ámbito abarcado por los negros es más reducido y, por ende, más uniforme; abarca casi exclusivamente el cinturón tropical. Por ese motivo la cultura de los negros se apoya principalmente en los cultivos tropicales. El territorio de la raza blanca fue originariamente Europa, ubicado totalmente en la zona templada; sólo algunos grupos blancos se radicaron en los trópicos, en África septentrional y en Asia Menor. Esta raza tuvo, junto a grupos culturales significativos, también grupos nómades y de cazadores. Hoy se ha constituido en su totalidad en portadora de la cultura. Finalmente, la raza australiana vive sólo en Australia en un territorio en parte estepa pobre; en parte con características tropicales, y tiene manifestaciones culturales muy primitivas.

La clasificación antropológica, subrayada por la dimensión espacial, corresponde a las diferenciaciones físico-geográficas de los continentes, las islas, los océanos y de los mares secundarios, los que también influyen por sus dimensiones. En cualquier caso, existe una relación directa entre la magnitud y la independencia, la duración,

el efecto y —al mismo tiempo— la diversidad. Las razas australianas y negra presentan caracteres diferenciales más acentuados que la mongólica; pero como ésta abarca un espacio diez veces mayor que la australiana, ofrece mayores modificaciones y ha alcanzado en la evolución cultural una mayor riqueza.

### Proceso de crecimiento

El crecimiento de los territorios ocupados por los pueblos no ocurre por simple yuxtaposición y posterior integración de pequeños espacios, los cuales —de esta manera— se agrandan por un proceso mecánico. El fenómeno ocurre por el desarrollo de espacios mayores que, al crecer, absorben los territorios menores y los penetra por tener una evolución mucho más rápida; los pueblos jóvenes penetran a los viejos y las viejas formas y estructuras son reemplazadas por otras más nuevas. Los nómades desbordan a los agricultores, los marinos a los pueblos terrestres, los más avanzados culturalmente a los más primitivos, las ciudades al campo. De igual manera, los espacios políticos penetran los espacios idiomáticos y éstos, a su vez, en los espacios raciales. Con independencia de la potencia de crecimiento de un pueblo, existe en todas partes de la Tierra una cierta relación entre espacio y durabilidad y entre espacio e independencia. Cuanto más grande es el espacio, con tanta mayor libertad se desenvuelve en él una parte de la humanidad y menor peligro corre de ser presionado desde afuera; pero mayores son las motivaciones para establecer contactos con otros grupos. Eurasia es el continente más grande y al mismo tiempo el más rico en contactos y relaciones entre los pueblos.

Con el crecimiento mismo se modifica su propio proceso y su condicionamiento: muy distinto es un desarrollo en un territorio nuevo, sin barreras, a tener que efectuarlo de manera penosa en Europa central, donde cada palmo de terreno costó sangre y el esfuerzo de sucesivas generaciones para poder mantenerlo.

### El progreso de los pequeños espacios hacia los grandes.

No es posible afirmar hoy de la Humanidad que su origen radica en tal o cual lugar, como puede hacerse de determinadas plantas o animales. La Humanidad constituye una mezcla de descendientes

de diversos tipos, cuyas diferencias se han ido limando como consecuencia de los cambios exteriores, los desplazamientos y mezclas. Los pequeños espacios de desarrollo se han separado entre sí; pero en cuanto empiezan a crecer, se superponen, se desplazan recíprocamente y las diferencias comienzan a desaparecer. No existe, empero, ninguna duda que cada raza o cada pueblo ha partido de un área restringida y que se fue expandiendo hasta que un obstáculo natural o la resistencia de otro grupo humano se le opuso. Este proceso fue seguido por un retroceso que llegó —en muchos casos— hasta la desaparición. Este avance de áreas reducidas hacia otras mayores lo evidencia cualquiera de las grandes razas que hoy pueblan la Tierra, ocupando la mayor parte de las tierras habitables. Todos los grandes agrupamientos humanos fueron, en su origen, de reducida magnitud. El área de Roma, sobre el Tíber inferior, que originariamente no sobrepasaba algunos kilómetros cuadrados, hoy (1899) alcanza más de un millón y medio de kilómetros cuadrados de Europa, cubriéndolas con su idioma, costumbres, criterios y sangre latinas. Esta expansión fue precedida por una ampliación del área de influencia hasta Britania meridional, Africa y Asia Menor. Desde los chinos, pasando por los alemanes o ingleses, vale la regla, que si exploramos en su antigüedad nos encontraremos siempre con espacios cada vez más reducidos. Por ello la expansión territorial constituye la materialización más evidente y concreta del éxito histórico. Esta afirmación no vale solamente para las distintas razas sino también para las manifestaciones espirituales o materiales de la Humanidad. Aún en los primeros estadios de las ideas religiosas el dimensionamiento espacial es reducido, limitado al horizonte y —al final— por la pequeñez de la Tierra. En general, a un mayor dimensionamiento corresponde una mayor antigüedad. Todos los pueblos que permanecen en las manifestaciones culturales más primitivas tienen, al mismo tiempo, un dimensionamiento espacial reducido: pequeñas áreas habitacionales, pequeña área de influencia y horizonte limitado. Al estudiar un determinado pueblo hay que tener en cuenta que son de especial valor todas las características que lo impulsan a la formación de grandes espacios de manera permanente.

Los estadios inferiores de índole cultural nos muestran pueblos cuyo número crece lentamente o permanece estable y ubicados en espacios pequeños pero amplios en relación con ese número. De ahí nace la tendencia a la asociación de pequeños espacios débilmente ocupados. Su magnitud depende de los medios de subsistencia que

ofrezcan; de ahí que pueblos pequeños se vean obligados a una mayor expansión debido a climas rigurosos y tierras improductivas. En Norteamérica, por ejemplo, a medida que se avanza hacia el Norte, los indios ocupaban mayores espacios cada vez con menor número de cabezas. Al crecimiento del espacio abarcado le precedía siempre el del área de influencia y éste —a su vez— era precedido por el crecimiento del horizonte. Un espacio, una vez conocido, originariamente sólo se lo conocía espiritualmente o se lo intuía, tarde o temprano tenía que ser dominado y ocupado.

La ampliación del horizonte no consiste solamente en el descubrimiento de comarcas desconocidas, sino también en el conocimiento exhaustivo de las ya conocidas. En ello estriba todo el progreso ocurrido acerca del conocimiento del mundo. Por ello, esto no sólo significa para los pueblos en movimiento objetivos más lejanos, sino también mejores caminos, audacia, movimientos sin límites, etc. La movilidad estuvo restringida allí donde los estados pequeños quedaron aislados del resto del mundo por obstáculos difíciles de salvar, o escondidos en áreas inaccesibles. Alrededor de las pequeñas ciudades quedaba “todo el mundo”. El crecimiento de la población, el comercio y aún las guerras rompieron las fronteras naturales y abrieron camino para avances más lejanos. Seguramente habrá pesado en estos desplazamientos la atracción de suelos ancestrales o la existencia de antepasados.

A la luz de este desarrollo se nos aparece la autoeducación de la Humanidad como las ramas y los brotes de un árbol, cuyo tronco crece lentamente en altura, mientras su copa se densifica paulatinamente. También en el árbol de la Humanidad brotaban —con cada primavera histórica— hojas nuevas que acrecentaban su vitalidad.

### **El crecimiento de los pueblos y los estados**

Las reglas que determinan el crecimiento espacial de los pueblos son, en general, las mismas que rigen para el crecimiento espacial de los estados, que ya he desarrollado en la tercera parte de la Geografía Política. La diferencia fundamental reside en que el crecimiento de los pueblos depende de su capacidad de multiplicación, mientras que el de los estados está condicionado a la voluntad de un conquistador de llevar su dominio mucho más allá de sus fron-

terras, (cuando no ocurre exactamente lo contrario). Por lo dicho, el crecimiento poblacional será siempre más lento que el espacial; de ahí surge la importante ley, según la cual un estado es tanto más fuerte y duradero, cuanto más armónico haya sido el crecimiento del binomio pueblo-estado, y cuanto más correspondencia haya existido entre su territorio político y el ocupado por su población.

Una mayor diferenciación exterior se nota en las fronteras dentro de las cuales se enquistó un estado, mientras que la expansión de un pueblo en crecimiento no conoce ese tipo de limitación, ni tampoco la tiene en cuenta. Una frontera podrá circunscribir a un pueblo a una determinada área por decenios o aún siglos; pero, cuando llega el momento histórico, su desarrollo hace quebrar esas barreras. El mayor ejemplo de un caso así lo brinda Japón, país que permaneció artificialmente encapsulado en sí mismo desde 1634 hasta 1854. Sin embargo, y pese a la presión exterior de los pueblos occidentales, su natural desarrollo llevó al Japón a buscar nuevos lugares de colonización —o sea, espacios para el crecimiento— tal como lo evidencian sus tendencias más recientes.

A pesar de que algunas fronteras pueden restringir el crecimiento de un pueblo, hay que considerar que el crecimiento como estado no es más que un recurso de su crecimiento como pueblo; recurso que se utiliza para hacer frente a los obstáculos que se presentan al desarrollo. El estado conduce y facilita los impulsos que parten de los pueblos. Todo progreso que acusa una estructura estatal, lo es también para el pueblo al cual sirve. El mayor dimensionamiento espacial de un estado, el consiguiente aumento del tráfico, así como el cultivo de las áreas limítrofes incultas, han favorecido la comunicación de los vecinos.

Esta relación entre el desarrollo espacial de los pueblos y el dimensionamiento de los estados, es general. Ella aparece con mayor claridad en los países negros. Los pequeños estados de la zona del Nilo y de Uelleson, al mismo tiempo, la mayor área de dispersión poblacional. Aquí jamás hubo un estado poderoso que unificara todos los agrupamientos humanos. Los pequeños estados no sólo se caracterizan por una enorme dispersión, sino también por haber impregnado de esa característica a las tribus que se han mezclado con ellos, como los Momfú. En Mangballe ha comprobado Junker "una tribu no muy numerosa al Sur de Uelle, pero totalmente dispersa". En la época de Junker, estas tribus —por imposición de una guerra— habían sido arrinconadas contra la margen

Norte del río, entre Sandeh y Amadi, para luego desplazarse nuevamente hacia el Sur. El cacique Mambangá unificó al Sur de Uelle, en su pequeño territorio, junto con su tribu original (los Mangbattu Barmbó) a los Sandé (provenientes del Norte) y a los Bissanga (originarios de Uelle-Bomokandi). Un área idiomática en Nueva Guinea alemana tiene una dimensión de unos 15 km costeros como promedio; ya 25 km resultan demasiado. El territorio de Tanna, con 7.000 habitantes tiene según Campbell 6 idiomas, según otros, tan sólo 3.

### El espacio y la cultura

El desarrollo de una cultura puede ser gestado en un territorio pequeño, para después crecer hasta ser gran potencia. Pero un desarrollo de esta naturaleza no podrá permanecer en estrecho espacio por tanto tiempo como puede soportarlo un desarrollo político. Grecia, por ejemplo, solo pudo brindar a la cultura oriental un lugar de paso y un área de inserción; pero no territorios de magnitud estable. Un historiador de la capacidad de Ranke observó la importante circunstancia histórica de que Grecia nunca estuvo en condiciones de desarrollar ciudades de gravitación mundial como lo habían logrado Asia Menor, Africa o Italia. Ello no impidió a la cultura griega abrirse camino en el mundo, de una manera tan rápida y eficaz como ninguna otra antes. El reducido espacio griego condicionó favorablemente esta proyección, obligándola a anticiparse; en cambio, perjudicó desde el punto de vista de la potencialidad política. Los portadores de la expansión cultural fueron numerosos grupos pequeños que ya no constituían una unidad racial.

A la larga, la cultura no puede ser patrimonio de un solo pueblo ni puede estar circunscripta a un espacio reducido. En su naturaleza misma hay una tendencia a la propagación, puesto que sus portadores son seres que se desplazan; además, porque ejerce su dominio también sobre seres que nunca son tan negados, que no sean capaces de utilizar su dominio, aunque más no sea circunstancialmente. Aún en aquéllos lugares —como la India— donde la diferencia entre dominador y siervos es muy grande, los segundos procuran asimilar los niveles culturales del primero, procurando conocer e imitar los motivos de semejante poder.

Ahí donde las circunstancias son particularmente favorables, la propagación cultural se produce de manera muy rápida, como ocurrió con muchos de los pueblos sojuzgados por Roma.

En relación con lo afirmado al final del capítulo quinto acerca de la persistencia y parcial reforzamiento de las condiciones naturales que reclama un desarrollo cultural, queremos destacar brevemente la creciente importancia de los intereses económicos (particularmente los del intercambio comercial) en detrimento de las diferencias nacionales basadas exclusivamente en razones idiomáticas. Con ello se devuelve, a la par, una mayor influencia de las condiciones naturales en la formación de los estados, concediéndoles superior importancia de la que se les quería atribuir, especialmente en áreas como Europa Central y Oriental, donde las distribuciones territoriales son decididamente anti-nacionales.

### **El espacio en el desarrollo de los pueblos**

En todas las investigaciones destinadas a determinar el origen de los pueblos, el espacio debe ser tenido particularmente en cuenta, pues sin él la vida no puede desarrollarse. Cuantas más diferencias presentaba un determinado espacio vital, tanto más espacio requería para establecer y mantener tales diferencias. Con excesiva frecuencia se ha ignorado que el desarrollo de un determinado grupo idiomático constituye un hecho estrictamente geográfico, desde el momento que requiere espacio para desenvolverse. Un sólo idioma puede mantenerse y aún desarrollarse parcialmente en espacio restringido; pero será análogo a una planta bajo una campana de vidrio. Para que alcance su desarrollo natural, tiene que romper las barreras que se oponen a él. Si no lo logra, morirá rápidamente por ahogo y sofocamiento. Porque también con las lenguas se cumple la regla de que lo que no avanza, de hecho, retrocede. Cada idioma es como una ramificación singular de un desarrollo que posee otras ramas; por ello, la primera, sólo es explicable dentro de un marco de conjunto y no como un producto aislado. Los idiomas indogermánicos tuvieron, para su desarrollo, un área mucho mayor que el Indu-Koh o "territorios de origen" similares.

Cuanto más antiguos son los rasgos característicos de un pueblo, tanto mayor profundidad alcanzan y, normalmente, tanto mayor di-

fusión han tenido. De ahí que los rasgos raciales abarquen territorios más dilatados que los rasgos idiomáticos. Por la manera en que se diseminaron las razas y los pueblos, puede afirmarse que los que abarcaron grandes áreas continentales o marítimas presentaron una problemática racial, mientras los que lo hicieron en espacios reducidos enfrentaron cuestiones idiomáticas. Frente al problema del negro empalidecen los peores procesos de consolidación de las nacionalidades en Europa; ante los millones de mestizos y mulatos que habitan Centro y Sudamérica pierde sentido el hablar de una unidad americana. Porque, a pesar de que el continente es uno solo, las diferencias raciales presentan abismos insalvables. En medio de las mayores posibilidades de expansión y comunicación que pueda presentar el continente, los diferentes pueblos presentan exclusiones raciales. Esta verdad incuestionable suele ser omitida, cuando solo se estudia el espacio.

La formación de pueblos ocupantes de grandes espacios solo pudo ser posible por la unión de diferentes razas ocupantes de distintas áreas. Dado que semejante asociación no es posible pensarla sin fusión de razas, (aún cuando una muy débil sea absorbida o eliminada), resultan los mayores estados o territorios de pueblos, los medios más favorables para la igualación de las diferenciaciones raciales. Las colonias españolas y las rusas brindan los mejores ejemplos.

Si se tienen en cuenta las características de ocupación de espacios por parte de los grandes y pequeños agrupamientos humanos, se comprobará de inmediato las consecuencias de la miopía lingüística en la limitación de la búsqueda del origen de la raza blanca restringiéndola a los pueblos indogermánicos. Muchos parecen haber olvidado que Africa septentrional posee indicios de importantes componentes de la raza blanca, tanto por su antigüedad como por su significado histórico. Aún los pueblos de origen distinto al indogermánico, tanto europeos como asiáticos (los vascos, por ejemplo) quieren ser tenidos en cuenta. Los semitas han sido considerados de vez en cuando; pero más en contraposición con los indogermánicos que en función de una hermandad racial. Sólo así se explica que el gran problema de las razas haya quedado relegado detrás del pequeño que originan los grupos idiomáticos.

## La lucha por el espacio

La consideración de que todo desarrollo de los pueblos y de los estados (y con ellos, del progreso) sólo es posible sobre el suelo; y la certeza de que todo progreso radica en la apropiación de nuevos territorios, podría haber anulado desde un comienzo muchas teorías acerca del progreso histórico.

Únicamente porque se ha tomado a la Historia como un desarrollo sin suelo, completamente en el aire, podía discutirse si el desarrollo ha sido continuo, discontinuo, lineal, quebrado, en forma de ola o de espiral. La realidad geográfica hace que los movimientos históricos constituyan un continuo desplazamiento hacia nuevos espacios, un avance de un lugar a otro, estirándose o también interrumpiendo los invisibles hilos que mantenían el enlace con el territorio original. De un proceso semejante se forma, con el tiempo estados-hijos o colonias que posteriormente se independizan de la madre-patria. Inclusive el pueblo que crece, gana con esta expansión. Por ejemplo: la rama aria de los romanos, con el crecimiento del Imperio Romano ganó espacio y fuerza vital, así como ocurrió con los anglo-celtas, pues su rápido desarrollo (a pesar de la independencia de las colonias norteamericanas) logró sobrepasar a los teutones.

Cuanto mayor es el espacio, tanto mayores son los contactos que pueden evitar el estancamiento. Los pueblos más expandidos son los que tienen las relaciones más variadas. Si el suelo del territorio que ocupan es favorable para el desarrollo, entonces éste pasa a ser manifiestamente preponderante, asumiendo distintas formas y características. Ello constituye una regla de vida muy generalizada. Así como el espacio acrecienta el poder de los pueblos en crecimiento, así ocurre en el campo de la biogeografía que la fauna septentrional desplaza a la meridional por la mayor disponibilidad de espacio; de igual manera, las razas del hemisferio Norte se expanden a costa de las del hemisferio opuesto.

Cuando dos territorios de desigual magnitud se hallan juntos, el mayor de ellos prepondera sobre el más pequeño, como expresión de poder. El área templada norteamericana va a ser siempre más poderosa que la correspondiente de Sudamérica, pues la primera se extiende a lo ancho de la zona templada, mientras que la segunda tiende a disminuir en dirección al Polo Sur. Por lo tanto, Norteamérica posee, en mayor medida, condiciones más favorables que

Sudamérica como son las proporcionadas por una mayor disponibilidad de áreas templadas. El predominio de los alemanes del Sur radica más en la expansión territorial que en la idiomática de la lengua alemana del Norte. Similar es el predominio de los franceses septentrionales en su país, de los ingleses en todo el archipiélago británico, y de los eslavos septentrionales dentro de toda la familia eslava. De los grupos humanos radicados en penínsulas, suele tener preponderancia los que se encuentran más próximos a la amplia base contigua al continente: disponen de mayor espacio como para adquirir gravitación. También es posible comparar a los italianos del Norte con los que ocupan el centro de la península, a los eslavos y rumanos de la parte septentrional de los Balcanes con los griegos y ocupantes de Albania, o Rumania con Grecia. La circunstancia de que el territorio ocupado por el pueblo alemán sea el doble del de los franceses, tendrá su efecto cultural y económico, al que se agregarán, alguna vez, el político, a pesar de que Francia —por disponer de menor espacio— tuvo inicialmente un desarrollo más acelerado.

Otra ventaja que deriva de la lucha por el espacio lo proporciona la disminución de las fricciones anteriores. Al ampliarse las zonas de lucha por el progreso cultural, según la ley del crecimiento de los pueblos y los estados, entonces las áreas de lucha son llevadas cada vez "más afuera", los combatientes son separados y su cantidad, disminuida paulatinamente. En el territorio norteamericano, donde hace 400 años pululaban las luchas entre pequeñas tribus, hoy solo existe el enfrentamiento pacífico de dos estados —hijos de países europeos que se han repartido el continente entre sí.

La transitoriedad de los grandes imperios constituye una de las grandes enseñanzas de la Historia. Ellos se derrumbaron al perder el asidero con el espacio que —precisamente— les otorga la mayor parte de su poderío. La Historia también nos enseña de la transitoriedad de los grandes pueblos. También ellos desaparecen al perder territorio. Por ello vemos desaparecer con mayor velocidad a aquellos grupos humanos a quienes la naturaleza misma les niega posibilidades de expansión: pueblos insulares o aquellos que se conformaron con pequeños territorios, (por ejemplo: los fenicios costeros) o, finalmente, agrupaciones humanas reducidas que abarcan amplios espacios sin explotarlos totalmente (indios americanos, australianos y grupos de Asia septentrional). En cambio, en la competencia de pueblos que han alcanzado los mismos niveles cultu-

rales y similares estadios de expansión, las influencias espaciales no son tan determinantes.

### **Espacio habitacional y área de influencia**

No hay que confundir el espacio habitacional con el correspondiente ocupado por un pueblo. En ello habría una contradicción con la naturaleza móvil y de acción lejana propia de los agrupamientos humanos. Además, con ello restringiríamos el concepto de espacio habitacional. Este constituye una manifestación pasajera. Aún hoy vemos como se amplía el espacio disponible para la Humanidad por nuevos descubrimientos; de igual manera se ampliaron los territorios de pueblos dinámicos a costa de otros menos emprendedores. Tales desplazamientos están tan generalizados y ocurren en tantas partes, que es difícil dar con toda precisión el espacio habitacional de cierto pueblo en un momento determinado. Cada cambio de ubicación, cada desplazamiento, genera cambios. Por eso sólo se pueden materializar fronteras generales para los espacios habitacionales y las áreas de influencia. Por ejemplo: los 31.000 km<sup>2</sup> de islas ubicadas entre Nueva Zelandia y Hawai y entre Palau y las Islas de Pascua constituyen el territorio de los malayos y polinesios; sin embargo, sus continuos desplazamientos por guerras o en la paz, para colonizar, procurarse alimentos o para robar cubren un área doscientas veces mayor, que involucra más de un tercio del Océano Pacífico.

### **El espacio como protección**

Los amplios espacios otorgan a las distintas formas de vida que los utilizan para expandirse, de la protección que dan las grandes distancias, (al dificultar la agresión de otros entes y al facilitar la defensa. Por eso vemos que la competencia entre pueblos fuertes y débiles se resuelven más rápidamente en espacios pequeños, porque ellos no proporcionan posibilidad de eludir una decisión. Los tasmánicos no eran mucho más atrasados que los australianos. Sin embargo, los primeros han desaparecido, mientras que los segundos pudieron replegarse hacia el Norte y Este. Tasmania tiene solo

68.000 km<sup>2</sup> frente a los 7,6 millones de km<sup>2</sup> de Australia continental, o sea ciento doce veces mayor. Eran dos territorios desiguales, pero con idéntica densidad de población; el ocupante del mayor de ellos tuvo la capacidad de supervivencia equivalente al de una gran masa poblacional.

La capacidad de absorción de las grandes masas actúa de manera natural. Darío evidenció buen golpe de vista cuando se negó a trasladar su residencia desde las inhóspitas mesetas persas hacia la ciudad de Babilonia, recién conquistada. Su pueblo se hubiera perdido entre las masas de habitantes babilónicos. No se trata aquí, naturalmente, de grupos de magnitud absoluta. Por el contrario, el concepto tiene valor relativo. A pesar del largo dominio que los vikingos noruegos ejercieron sobre las Hébridas, el elemento germano sucumbió ante el galés, porque sus colonizadores eran pocos y las mujeres extranjeras también escaseaban. Recién a través de los ingleses pudo volver a surgir. Por siglos, la inmigración germana hacia Irlanda se perdió en el predominio numérico de los celtas. El destino de los compañeros de Colón en Haití, después de su primer viaje es uno de los tantos ejemplos que presenta la colonización de territorios recién descubiertos. Existen en la Humanidad suficientes restos donde se corren los flujos de pueblos que otrora debieron ser de mayor magnitud.

En todos los espacios, la seguridad se acrecienta para los pueblos que los ocupan de manera densa y uniforme, aferrados mejor a ellos, que si los ocuparan de manera irregular y poco densa.

### **Pueblos de grandes y pequeños espacios**

La magnitud del horizonte geográfico influye sobre el criterio y la voluntad de los pueblos, al conformar pautas acordes con los espacios que serán abarcados. En todos los estadios de la cultura observamos cierto disgusto de los pueblos en sobrepasar sus fronteras, las ventajas de los espacios pequeños fueron formuladas hasta filosóficamente por los antiguos griegos, quienes —por sus extraordinarios logros en el campo cultural— parece que no necesitaron de grandeza política por no haber sabido independizarse de la pequeñez del territorio que les sirvió de cuna. Mayor pequeñez territorial evidencian los pueblos naturales que se encierran en pequeños

espacios y en organizaciones tribales o familiares, con horizontes geográficos que no exceden un par de días de marcha. Como consecuencia de ello, tienen un cabal concepto acerca de su magnitud y poder; pero ningún entendimiento para un gobierno unitario de un territorio mayor. Con tales condiciones de aislamiento, apenas si aparecen otras relaciones que un comercio autóctono, y contactos que no sean los familiares.

El temor ante el invasor o intruso separa en el orden moral tanto como las fronteras separan en cuanto a espacio. Al penetrar el comercio a cargo de extranjeros en esas ínsulas, destruye infaliblemente su consistencia. Lakengo fue suficientemente astuto cuando se aseguró las ventajas del comercio con mercados fronterizos, sin dejar por ello penetrar en su país a los comerciantes extranjeros. Por lo general, los extraños solo entran como huéspedes de los príncipes, no sin recurrir al consejo de los más ancianos. Nosotros consideramos que esas medidas de protección son necesarias en espacios tan reducidos. Se mezcla con estas consideraciones un motivo profundo, que actúa de manera poderosa e instintiva a la vez. En estadios inferiores de cultura los pueblos procuran aislarse para formar su personalidad, ya que las corrientes interiores que más tarde darán origen a las nacionalidades, no poseen fuerza suficiente. Los pueblos primitivos necesitan de espacios reducidos para encerrarse en ellos y dominarlos, para tener conciencia de sí mismos y para poder continuar de esa manera. Ellos sienten instintivamente que si modifican las áreas que ocupan, penetran, en su agrupamiento humano elementos nocivos con consecuencias imprevisibles pero siempre negativas. Un pueblo montañoso no podrá anexar un territorio llano sin sufrir perjuicio, así como un pueblo originario de bosques no puede salir a campo abierto sin debilitarse en la fuerza natural que la montaña o el bosque otorgaron, respectivamente.

El espacio naturalmente pequeño tiene la ventaja que el pueblo que lo ocupa lo conoce temprano en toda su magnitud, lo asume totalmente, explota todos sus recursos y por esos motivos se identifica plenamente con él. Además, los pequeños espacios densifican la población, ponen anticipadamente en contacto a los seres, los fuerzan a la cooperación y a la coordinación de sus elementos culturales, todo lo cual genera una anticipada madurez de esa cultura, que puede luego proyectarse exteriormente con gran fuerza. El poder político involucrado en el mismo proceso apoya esa expansión y

así vemos en islas, oasis, franjas costeras, y valles a pequeños pueblos crecer con plena conciencia tribal o nacional que, cuando las condiciones se presentan favorables, se proyectan sobre espacios mayores. Si a esta madurez sigue un proceso de decadencia, mantiene empero la conciencia tribal fundada sobre elementos geográficos y su capacidad de renovación, como ha sido demostrado por los italianos, griegos modernos y daneses. A pesar de muchos años de dominación extranjera, Italia mantuvo firmemente su idea de unidad a lo largo de siglos.

Una forma común de expansión menor la constituye la fundación de ciudades, las que —bajo la protección de sus murallas y puertas, frecuentemente en combinación con obstáculos naturales— formaban centros de colonización en territorios extraños. Precisamente, la protección que brinda la concentración impedía dimensionar a las ciudades más allá de ciertas magnitudes. Por eso la presencia de alemanes en la mayor parte de los países del Este europeo se limitó a pequeñas localidades, frecuentemente dispersas. Un anillo de ciudades alemanas como el que conjugan Olmütz, Brünn, Iglau y Budweiss no es lo normal. Efectivamente: ciudades alemanas aisladas en Bohemia pagaron su tributo ya durante las guerras husitas. Sobre la importancia histórica y las características políticas de las ciudades, ver en la Geografía Política el capítulo “La ciudad-estado y la ciudad en el estado”.

### **El espacio en el espíritu de los pueblos**

Todos los pueblos que se autoimpusieron la misión de expandirse en grandes espacios, tuvieron —en su lucha por impedir la disminución de su poder como consecuencia del aumento de las distancias— una idea amplia del espacio en su concepción espiritual. Ello vale tanto para los pueblos pastores que inundaron amplios territorios, como para los modernos pueblos colonizadores que en pocos decenios hicieron sentir en medio mundo la presencia del arado, la locomotora y el buque a vapor. Esta gran concepción espacial, que entre los pastores nómades es sólo una fuerza primitiva, facilitada por su mayor movilidad debida a la crianza de ganado, cobra entre los representantes de las culturas superiores el carácter de síntesis de todas las conquistas científicas y técnicas; inclusive, entre pueblos ubicados a la fuerza en espacios estrechos, esa síntesis constituye una característica ineludible del nivel cultural.

Los norteamericanos y australianos de origen germano-céltico poseen el tipo de los pueblos conquistadores de grandes espacios en una magnitud nunca conocida. Cuando Ralph Waldo Emerson se jacta de la magnitud de Norteamérica y de las consiguientes motivaciones que genera, no sólo se refiere a la grandeza de los proyectos políticos que por vez primera transforman a todo un continente en una unidad política, o a la sobresaliente capacidad económica; se refiere también a la total concepción y ordenamiento de la vida, particularmente a las leyes (de las cuales espera grandes objetivos y concepciones) en oposición a Europa, con sus numerosas barreras políticas y nacionales que generan frecuentes contradicciones internas, motivadoras de fricciones y desgastes. De todas maneras, el amplio y nuevo espacio motiva una renovación que pueblos más antiguos no pueden permitirse. El trabajo espiritual que significa vencer la resistencia que ofrecen los grandes espacios tanto en tiempo como en distancias, se materializa en los rendimientos del tráfico, y en detalles tales como la fabricación de locomotoras pesadas y enormes vagones (con capacidades de carga tres o cuatro veces superiores a los alemanes) debidos a los grandes rendimientos de la industria siderúrgica norteamericana. La cantidad de recursos naturales que invitan a su explotación, impregnan a semejante pueblo de un sentido muy pragmático. Los problemas económicos preocupan a todos los espíritus. También a los rusos se les atribuye la virtud de ver en cada cosa la utilidad inmediata y la realidad de la vida. Los pueblos conquistadores se caracterizaron siempre por su permanente espíritu inventivo, por un lado y por la adoración del dinero, en el otro.

Hasta donde llega la Historia escrita, nunca se produjo la colonización de todo un continente bajo conducción unitaria. Siempre se trató de la colonización de pequeñas partes de esas grandes superficies que llamamos continentes. No pueden generalizarse los procesos, al punto de considerar a las guerras entre griegos y persas como luchas entre Asia y Europa, o a las guerras púnicas como conflictos europeo-africanos. Se trata de pequeñas acciones que involucraron sólo a una parte de la humanidad de Africa o Asia y a fragmentos de humanidad europea. Distinta será la perspectiva y los efectos si toda Norteamérica (unificada por un idioma, ciertas costumbres, una concepción y un gobierno) aparece sobre el escenario mundial, lo mismo que Australia, Rusia asiática y aún Sudamérica. Ese sería el caso que R. W. Emerson tenía en mente cuan-

do dijo: "la Geografía de América da la sensación que nosotros intervenimos en el juego (político) con gran ventaja, y que aquí y no allá (en Europa) estará el asiento y el centro de la raza británica".

Las jóvenes sociedades de origen anglosajón-céltico y teutónico en EE.UU. y de Australia están muy separadas en el sentido espacial; pero están muy unidas por su criterio espacial amplio. Su origen solamente no explica su aproximación; más bien ella radica en la comunidad de intereses. La problemática territorial, racial, inmigratoria, de la especialización de mano de obra, junto con la acumulación de capitales y latifundios, mueve a ambos estados por igual. Resulta muy atractivo contemplar como los jóvenes y móviles semiestados de Australia bajo la protección de una cierta irresponsabilidad, tratan los grandes problemas, mientras los maduros y responsables Estados Unidos los siguen con menor velocidad. Naturalmente que la política de los norteamericanos destinada a monopolizar el continente encuentra su eco en Australia, que tratan de evitar toda presencia extraña en su propia área.

### **Determinación de la magnitud de los territorios de los pueblos**

Para la determinación de la magnitud de los territorios de los pueblos sólo hay pautas cuando éstos coinciden con la división política. Pero ello ocurre ocasionalmente y sólo con territorios pequeños. No hay en toda Europa un territorio étnico que sea, a la vez, un estado.

Una visión meramente superficial nos hace ver en Italia, como estado nacional, incluir a 120.000 franceses, 70-80.000 albaneses, 15.000 griegos, casi 20.000 alemanes, unos 40.000 eslavos y otros tantos judíos, los que no pueden modificar el carácter nacional italiano frente a 31 millones con esa nacionalidad. Una visión más detallada nos permitirá comprobar que aún países tan pequeños como Montenegro carecen de unidad étnica. Si, además, se tienen en cuenta los 850.000 italianos radicados en Austria-Hungría y Suiza, se comprobará que el contorno de un territorio político resulta arbitrario frente al correspondiente de orden ético.

La comprobación de la magnitud de un territorio correspondiente a un determinado pueblo se ve dificultada por la dispersión y los

complejos desplazamientos del mismo. Sólo un estado fuerte, como Francia, pudo lograr tener unidad idiomática en su territorio, con la ventaja de tener por vecino a Alemania, país que le permite establecer una clara separación cultural a ambos lados de las fronteras comunes. Sin embargo, Francia no alcanzó plenamente ese objetivo: sabido es que Alsacia y Lorena constituyen zonas de transición. Semejante propósito es, en realidad, inalcanzable. Lo normal es la mezcla más diversa de pueblos, la que suele extenderse hasta los caseríos más ínfimos, en las mismas casas, chozas y aún muebles. Comparar, en este sentido, el capítulo "La ubicación".

RUDOLF KJELLEN

Rudolf Kjellen nació en 1864 en Suecia y falleció en 1922. Fue profesor de derecho político en la Universidad de Gotemburgo, donde desarrolló y continuó la concepción de Federico Ratzel, en relación con el estado y el poder. Sus trabajos ejercieron gran influencia en Alemania, especialmente a través de *El estado como una forma de vida*, publicado en 1918. En él condensa su pensamiento y teorías acerca de la vida política de los pueblos y estados. Se lo considera el creador del término "geopolítica" en su afán de llevar el estudio del estado del campo legal al campo de las ciencias socio-geográficas. Consideraba al estado como un ser viviente que crecía, se desarrollaba y moría, y cuyo principal atributo es el poder.

## **AUTARQUIA**

por Rudolf Kjellen

### **El peligro de la dependencia económica**

El Estado es el hogar de sus ciudadanos. En él deben tratar de satisfacer todas sus necesidades materiales, y el país debe estar organizado con el fin de servir este propósito. Sin embargo, a veces las necesidades de la población superan al Estado; entonces debe tratar de satisfacerlas de otra forma, fuera de sus límites. En este aspecto, atendiendo a las necesidades materiales de la población y al sistema económico establecido, el Estado actúa como un organismo económico o como una comunidad. La doctrina del Estado como una comunidad es la que recibe el nombre de política económica.

Una de las principales misiones que corresponden a una política económica es la de observar los movimientos de la producción y del capital entre los estados. El estado que tiene que vender algo, debe hacerlo por medio de la exportación, ya se trate de mercaderías, materias primas, de productos terminados o simplemente de capital. Aquí nace la diferencia fundamental entre los estados acreedores y los estados deudores; las relaciones entre los Estados Unidos e Inglaterra en lo que se refiere a las materias primas, y entre Francia y Rusia en cuanto al capital, son ejemplos históricos y mundiales. Revelan cómo las necesidades de las comunidades crean vínculos políticos.

Las consecuencias de esto son de gran alcance, tanto que, en

realidad, pueden llegar a dictar la política de un país. El país que tiene un excedente debe utilizarlo para alimentar a todas sus bocas con los beneficios que produzca. Inglaterra, que posee una cantidad de habitantes tres veces superior a la que puede alimentar con sus propios recursos, depende de sus exportaciones. No necesitamos ahondar más en esta situación bien conocida, pero podemos prestar atención a algunas de las consecuencias políticas que ocasiona. Inglaterra debe ejercer el libre comercio, en parte por su propia conveniencia, a fin de que los precios de las materias primas que tiene que importar no se eleven, y en parte por la conveniencia de los demás, para que sus propios productos lleguen a los mercados extranjeros. Con este último fin lanzó, alrededor del año 1890, el lema de la "puerta abierta" destinado principalmente a los países de ultramar. Inglaterra también depende del libre acceso a esos territorios extranjeros. En consecuencia, debe mantener el dominio del mar, y para conservarlo eliminar a todos los competidores. Es evidente que al mismo tiempo tiene muchas razones para asegurar su dominio sobre esas tierras extranjeras, por medio de la colonización. Advertimos así que todo el problema político de Inglaterra es más que nada de carácter económico.

Todos los demás estados occidentales se enfrentan más o menos con el mismo problema, cuya importancia depende de lo que hayan avanzado por el camino del imperialismo. Francia, con su excedente de capital, y los Estados Unidos, con su gigantesca superproducción, reclaman similares derechos a la expansión, aunque las cifras de su población en ningún modo justifican la expansión territorial. En consecuencia, los períodos en que las naciones están superpobladas y poco pobladas, no siempre coinciden con períodos de superproducción y de baja producción, o de excesiva y escasa capitalización. No obstante, la política de todos los estados está determinada por el predominio de una u otra circunstancia.

La economía de Inglaterra se caracteriza por la abrumadora importancia del comercio que regula la corriente de las mercaderías, en el que los productos terminados representan la principal exportación y las materias primas la principal importación, del mismo modo que las venas y las arterias regulan la circulación de la sangre. La economía de Rusia es diametralmente opuesta a la de Inglaterra —es del tipo de comunidad y su centro de gravedad se halla en sus necesidades alimenticias primarias. Es puramente agraria. Como a la industria, al comercio le corresponde allí un papel

secundario; Rusia exporta principalmente materias primas, importando los productos industriales. Aunque su balanza comercial es activa, su balanza de pagos es pasiva, como consecuencia de los préstamos que el Estado ha necesitado para atender a sus necesidades financieras. Rusia es una nación deudora, a pesar del importante volumen de sus exportaciones.

Observando el pasado de las naciones más civilizadas, hallamos similares condiciones primitivas en sus comienzos económicos. Por lo tanto, el contraste entre los tipos colonial y civilizado, representa simplemente etapas del mismo desarrollo. La experiencia nos ha demostrado que la industrialización es un proceso general que afecta más o menos a todas las naciones europeas, y que lentamente va extendiéndose también hacia el Oriente. Pero también advertimos que esta evolución lleva, al final, a una dependencia de los países extranjeros que es tan poco satisfactoria como el estado retrógrado e imperfecto de las colonias. En la cima de un glorioso e imponente desarrollo, Inglaterra encuentra que tiene las manos más atadas que cualquier otra gran potencia. Nunca podrá ir a la guerra contra los Estados Unidos: sería literalmente un suicidio porque —en el actual estado de cosas— con ello privaría a su industria del principal mercado de materias primas, y a su población de su fuente principal de abastecimiento. Este es un caso en el que las necesidades vitales impiden que se haga una política independiente.

### **Autarquía**

En consecuencia, el sistema económico ideal no debe buscarse en ningún extremo, sino en un justo término medio. La solución del problema económico general, el equilibrio entre el super-desarrollo y el desarrollo colonial, se llama autarquía. Busca satisfacer las más importantes necesidades del país dentro de su propio territorio, y a éste lo consibe con una producción y un consumo perfectamente engranados que, si fuera necesario, pueda existir por sí mismo completamente aislado. Este sistema económico no toleraría un predominio absorbente de la industria y del comercio, con su secuela de dependencia de las naciones extranjeras, ni un predominio de la agricultura, a expensas de un mayor desarrollo cultural. Más bien, procuraría un armonioso intercambio y una complementación de

las diferentes ramas de la actividad económica, de manera que las diversas necesidades de un pueblo que tenga un elevado grado de desarrollo cultural puedan ser satisfechas dentro de sus propios límites.

La autarquía, por lo tanto, no es más que la individualidad económica del Estado, del mismo modo que su territorio físico es su individualidad geográfica, y su nacionalidad su individualidad étnica. La política económica se convierte en un sinónimo de la geopolítica y también coincide con la etnopolítica, que exige una población homogénea. Las economías autárquicas difieren nacional y geográficamente. Así, de acuerdo con la ley de la vida totalmente organizada, la personalidad del Estado se refleja en sus diversos aspectos.

Lo primero que nos llama la atención cuando aplicamos esta ley general es su reacción contra el tipo industrial del siglo XIX. Este era fundamentalmente cosmopolita; en nombre del libre comercio exponía a las naciones a competir en el mercado mundial, donde el fuerte siempre ha conseguido dominar al débil. Sufrió su primer revés cuando se adoptó el sistema proteccionista durante la segunda mitad del siglo. En este caso, el Estado actúa en defensa de su propia comunidad. Cierra el camino a los conquistadores extranjeros, por medio de tarifas, detrás de las cuales puede prosperar la economía nacional, del mismo modo que una planta en un vivero.

Pero el principio autárquico no se limita a esterilizar a la nación detrás de barreras de tarifas. Crea un vasto sistema, que reemplaza a las "puertas abiertas" por "esferas de interés cerradas" (Dix). Nada demuestra la superioridad victoriosa de este principio mejor que el hecho de que la propia Inglaterra lo haya adoptado; sus pactos más recientes —partiendo del convenio francés de 1904— tienden claramente hacia este objetivo. Procura Inglaterra el establecimiento de los mercados reservados en vez de la competencia en los mercados libres. El programa de José Chamberlain de "unión comercial" con las colonias autónomas —que, después de considerables dificultades, parece hallarse ahora en camino, en vista de la experiencia de la Primera Guerra Mundial—, no es más que un cierre de la esfera económica de interés, en favor de la nación inglesa. El hecho de que el libre comercio ha de ser sacrificado a este objetivo revela más claramente el poder de esta nueva tendencia.

El problema de Alemania es en realidad el mismo de Inglaterra. También ella debe asegurarse un mercado para la compra de mate-

rias primas y la venta de productos terminados. Trata de solucionarlo asegurándose una especial esfera de influencia. Solamente difieren los caminos por los cuales ha de alcanzarse: Inglaterra ya lo posee en un vasto imperio, y lo único que tiene que hacer es cerrarlo a los competidores extranjeros. Alemania, por el contrario, antes tiene que crear esa esfera. En tanto que Inglaterra obtiene su propósito mediante la concentración, Alemania sólo podrá alcanzarlo mediante la expansión. Aquí hallamos el programa "Berlín a Bagdad" y una esfera centroeuropea de influencia, cuya base es una libre federación de los distintos estados interesados. En otras palabras, consideramos a la economía primaria —agrícola— del Levante como un complemento de la industria alemana.

El problema de la Europa central, en sus distintas fases, es entonces de carácter económico. La Guerra Mundial, que casi aisló a las potencias centrales de los demás mercados del mundo, ha dado a este programa una especial importancia, y asimismo hizo que el último Tomás incrédulo que entre ellos había, se convenciese de la necesidad de la auto-suficiencia. Hace ya tiempo que hubieran tenido que asentir, si en su hora de necesidad no hubieran podido transformarse casi por completo en el Estado comercial exclusivo que Fichte preveía ya en 1800, y que es sólo otro nombre de la esfera de influencia aislada y autosuficiente.

Hasta aquí hemos examinado el problema solamente desde un lado —el del estado industrializado. Desde el punto de vista del Estado agrario la necesidad es inversa; en este caso el objetivo es la creación de una industria independiente, con el fin de que las exportaciones y las importaciones puedan ser reemplazadas por la distribución interna. Este era el fin que perseguía el "sistema Witte", en Rusia, a fines del siglo, el cual consideraba que los pactos de comercio rusogermanos que estaban en vigor, eran obstáculos para la liberación económica de Rusia. Por lo tanto, el fin perseguido es el mismo que en el primer caso —un exacto equilibrio entre las necesidades económicas primarias y secundarias. Una de las medidas con que se llega a alcanzar esto, es siempre la misma: un sistema de tarifas, que es doblemente necesario cuando una industria debe ser construida desde sus cimientos. Pero mientras Alemania necesita tomar el camino de la expansión, debido a su reducido espacio, para Rusia lo mejor es la concentración —en curiosa coincidencia con Inglaterra— de acuerdo con la ley de que los extremos se tocan. Sólo en un punto la marcha de Rusia hacia la auto-suficiencia está acompañada por ambiciones expansionistas.

Busca una salida natural para su producción a través de los Dardanelos. *Límites de la autarquía.* El principio de la auto-suficiencia actúa en distintas formas en los estados que nos rodean. Pero aquí corresponde una palabra de aviso. Este principio no debe convertirse en un fetiche cuyos adoradores dejan de reconocer la importancia y la necesidad de un intercambio internacional de mercaderías.

El Este de Asia, con sus estados estancados detrás de sus puertas herméticamente cerradas (China, Corea, Japón ¡Sic!) ha sido hasta hace poco un ejemplo aleccionador. Tal sistema obstaculiza el desarrollo natural y, por lo tanto, frustra sus propios fines. La auto-suficiencia económica no debe obtenerse a expensas del crecimiento de la nación; éste depende del comercio normal con otros estados y naciones.

El sistema del Estado futuro, en consecuencia, ha de mantener un intercambio de mercaderías entre las distintas comunidades. En la distinción entre los distintos grados de crecimiento ha de conservarse un elemento de "división internacional del trabajo", un sistema de equilibrio entre los estados que son principalmente agrícolas y los que son principalmente industriales. Las importantes variantes de los tipos de cultura superior y de cultura colonial deben ajustarse entre sí hasta el mismo punto en que la comunidad obtiene su independencia autárquica, para favorecer a un sistema que intercambia materias primas por materias primas, y productos industriales por otros productos industriales.

Ya en 1902 formuló Pohle esta ley de un intercambio natural de productos, y en 1916 Harms lo señaló como una definida tendencia de la economía nacional de la época. Otro corolario del desarrollo autárquico es el fortalecimiento del comercio interno a expensas del comercio extranjero.

Este principio también arroja luz sobre la importante cuestión de la política económica, que se refiere a la orientación internacional o a la "diferenciación territorial" (Harms) del comercio. Sus cifras escuetas revelan todos los grados de dependencia e independencia. Sabemos que el vasallaje de Portugal con respecto a Inglaterra se inició en 1703 por un tratado comercial; aún se refleja en sus exportaciones, de las cuales un 40 % va a Inglaterra. Sin embargo, su dependencia es relativamente reducida si se compara con la de Méjico hacia los Estados Unidos: un 50 % de las importaciones y el 66 % de las exportaciones. El peligro que corre el control de Inglaterra sobre el Canadá está también expresado en el balance del comercio

de la colonia con los Estados Unidos: el 60 % de todas las importaciones. La superioridad económica de Alemania sobre Rusia queda evidenciada por cifras similares: la mitad de las importaciones de Rusia vienen del Reich y un tercio de las exportaciones se dirigen a él. Por otra parte, vemos una sólida base para una Europa Central unida en aquellas estadísticas comerciales que, aún antes de la Primera Guerra Mundial, mostraban una participación alemana del 40 % en el intercambio total de Austria-Hungría. El comercio insignificante que se realizaba entre Suecia y Noruega oficialmente facilitó la disolución de su unión.

En su legislación comercial, el Estado tiene numerosas posibilidades de regular las relaciones comerciales con otras potencias. La derogación de la "Ley Internacional" sueco-noruega, en el año 1897, fue en realidad un presagio de la disolución de su unión, en tanto que la introducción de tarifas preferenciales por parte de las colonias inglesas sirvió sólo para fortalecer los lazos con la madre patria. En este último sistema —el de las tarifas diferenciales— el Estado moderno tiene un poderoso instrumento para perseguir fines puramente políticos. También se ha utilizado en el intercambio entre estados independientes, como los Estados Unidos y el Brasil (para el maíz del primero y el café del segundo), y en el futuro puede representar un papel cada vez más importante en la formación de grupos de naciones.

Es evidente que el cuidado de su propia independencia induce, a los pequeños estados, a actuar con precauciones antes de acercarse demasiado a un estado grande por medio del intercambio comercial. Una consecuencia de esto fue la oposición que en 1906 y en 1911 halló en Suecia el tratado comercial alemán. Es preferible una distribución uniforme entre los distintos clientes; la producción también debe ser distribuída uniformemente. El concepto de la auto-suficiencia prohíbe la adopción de la tendencia unilateral llamada "monocultivo". Grecia, con su predominante producción de pasas de Corinto, que provoca constantes crisis económicas, puede servir como ejemplo aleccionador.

Por el contrario, la misión de todo estadista debiera ser la de desarrollar las potencialidades de su país en las distintas direcciones que permita su naturaleza, de acuerdo con acertados principios económicos. Cada victoria que se obtenga en esta tarea no sólo representa un riesgo menor en épocas de crisis, sino también un beneficio neto para la economía nacional, que puede así votar una partida de gastos

en su balance comercial. Cuando Suecia comenzó hace medio siglo a satisfacer sus necesidades de azúcar por medio de la producción nacional, eliminó sus importantes importaciones de caña de azúcar. Y si pronto podemos, como esperamos, hacer frente a nuestras necesidades de energía eléctrica, utilizando los saltos de agua y la producción de turba, en vez del carbón inglés importado, no sólo evitaremos un gasto anual de 100 millones de coronas, sino que también nos independizaremos de la presión política inglesa. La Primera Guerra Mundial ha demostrado lo poderosa que puede ser esa presión: arrastró al conflicto tanto a Italia como a Grecia. Por otra parte, los inventos alemanes, que han remplazado en el Reich al ácido nítrico y al caucho, muestran la forma en que la política económica, como instrumento directo de la defensa nacional, puede ser de vital importancia para la vida del Estado mismo. Una política económica perspicaz es un eslabón de la lucha del Estado por la supervivencia. Nunca lo ha sido tanto como en nuestro tiempo, en que se advierte una preponderancia de intereses puramente materiales. Este imperativo crea en todo momento incontables problemas que el arte del gobierno debe resolver. Son distintos en todos los países, variando de acuerdo con su estructura especial, pero en todos converge la necesidad de la autarquía como solución común. Cuanto más se considere a la autarquía como la base de la autoconservación de un Estado, más clara aparecerá la exacta solución de toda cuestión que se presente.

Finalmente, no debemos descuidar el hecho de que una justa autarquía representa la mayor salvaguardia para el desarrollo de la verdadera solidaridad en la vida económica del Estado. Cuando esta solidaridad desaparece ante la competencia entre el productor y el consumidor, pueden producirse conflictos de gran alcance que debilitan el país. Los aumentos de precios registrados durante la Guerra Mundial son ejemplos adecuados, pero esto ya es cuestión que más corresponde a la política social que a la política económica.

## HALFORD JOHN MACKINDER

Sir Halford John Mackinder nació el 15 de febrero de 1861 en Gainsborough, Lincolnshire, Inglaterra, y murió en el mismo país el 6 de marzo de 1947 en Parkstone, Dorset. Fue profesor de geografía en la Universidad de Londres y miembro del Parlamento Británico de 1910 a 1922. Después de la Primera Guerra Mundial desarrolló sus conceptos fundamentales de geografía política, los que sirvieron de base para las recomendaciones para una paz duradera contenidas en *Ideales y realidad democrática*, publicado en 1919. En 1943 publicó *El mundo redondo y la conquista de la paz*.

En su concepción, el mundo está dividido en dos áreas básicas, una de las cuales es Eurasia o el "heartland" que gradualmente prepondera sobre el poder marítimo del resto del globo, incluyendo los continentes no involucrados en Eurasia. Con sus trabajos, de neto corte pro-imperialista, pretendió establecer una "nueva geografía" que sirviera de puente entre las ciencias naturales y las humanísticas.

## EL PIVOTE GEOGRAFICO DE LA HISTORIA

por Halford J. Mackinder<sup>1</sup>

Cuando en un futuro lejano se dediquen los historiadores a estudiar estos siglos que hoy vivimos, y los vean a grandes rasgos, como ahora se nos aparece la época de las dinastías egipcias, es muy posible que consideren a los últimos 400 años como la época colombina, y que digan de ésta que finalizó poco después del año 1900. Ultimamente ha sido un lugar común el considerar a la exploración geográfica como casi terminada, y se reconoce que la Geografía debe seguir otro camino tomando como propósitos el estudio intensivo y la síntesis filosófica. En 400 años se ha completado el contorno del mapa con una exactitud aproximada, y hasta en las regiones polares los viajes de Nansen y de Scott han limitado muchísimo las últimas posibilidades de hacer descubrimientos sensacionales.

Pero el comienzo del siglo XX es apropiado para considerarlo como el fin de una gran época histórica, no sólo a causa de este hecho, por importante que sea. El misionero, el conquistador, el agricultor, el minero y, hace poco, el ingeniero, han seguido tan de cerca las huellas del viajero, que el mundo, en sus límites más remotos, apenas ha sido descubierto cuando ya debemos informar de su conquista política virtualmente absoluta. En Europa, América del Norte, América del Sur, Africa y Australia, apenas se encuentra una región sobre la que

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada ante la Sociedad Geográfica Real (Londres), el 25 de enero de 1904; reproducida en *The Geographical Journal*, vol. XXIII, p. 421 y ss.

se pueda hacer valer una pretensión de posesión, a no ser como resultado de una guerra entre potencias civilizadas o semicivilizadas. Hasta en Asia, estamos probablemente asistiendo a las últimas jugadas de la partida comenzada por los jinetes de Yermak el Cosaco y los marineros de Vasco de Gama. Hablando en términos generales, podemos establecer un contraste entre la época colombina y la precedente, estableciendo como característica esencial de la primera la expansión de Europa, contra una resistencia casi despreciable, mientras que la Cristiandad medieval estaba acorralada en una pequeña región y se hallaba amenazada por la barbarie externa. De aquí en adelante, en la era poscolombina, nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados. Es muy distinto el efecto que causa una granada que cae en un terraplén y el de otra que cae en medio de los limitados espacios de la rígida armazón de un gran edificio o de un buque. Probablemente, es una semiconciencia de este hecho la que hace que una gran parte de la atención de los estadistas de todo el mundo se traslade de la expansión territorial a la lucha por una relativa eficiencia.

Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa, de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características cuando se muestran en el escenario de todo el mundo y podemos buscar una fórmula que expresará, hasta cierto punto, algunos aspectos de la causalidad geográfica en la historia universal. Si la suerte nos acompaña, esa fórmula tendrá un valor práctico al hacernos ver en perspectiva algunas de las fuerzas que compiten en la actual política internacional. La conocida frase sobre la marcha del imperio hacia el Oeste es una tentativa empírica y fragmentaria. Esta noche me propongo describir las características físicas del mundo que, a mi parecer, han sido más coercitivas para la acción de Londres y presentar algunas de las principales fases de la historia en una relación orgánica con ellas aun en la época en que la geografía

las conocía. Mi propósito no será el de discutir la influencia de esta o aquella clase de características o hacer un estudio de geografía regional, sino más bien el de mostrar la historia humana como una parte del organismo mundial. Reconozco que sólo puedo alcanzar un aspecto de la verdad, no tengo ningún deseo de desviarme hacia un materialismo excesivo. Es el hombre y no la naturaleza quien inicia, pero es la naturaleza quien dirige en gran parte. Estoy más interesado en el control físico general que en las causas de la historia universal. Es evidente que sólo puede esperarse una primera aproximación a la verdad. Seré humilde ante mis críticos.

El desaparecido profesor Freman sostenía que la única historia que tiene importancia es la de las razas mediterráneas y europeas. En cierto sentido, por supuesto, esto es cierto, porque fue entre esas razas donde se crearon las ideas que han hecho dueños del mundo a los herederos de Grecia y Roma. En otro sentido, y muy importante, esta limitación tiende a sujetar el pensamiento. Las ideas que van a formar una nación en oposición a un simple amontonamiento de animales humanos, generalmente han sido aceptadas bajo la presión de una tribulación común, o ante la común necesidad de oponer una resistencia a una fuerza externa. La idea de Inglaterra fue forjada en la heptarquía por los conquistadores daneses y normandos; la idea de Francia fue creada por los hunos en Chalons, compitiendo con los irancos, los godos y los romanos, y durante la guerra de los cien años contra Inglaterra; la idea de la cristiandad nació en las persecuciones romanas, siendo madurada por las cruzadas; la idea de los Estados Unidos no fue aceptada, desapareciendo el patriotismo colonial y localista hasta que se produjo la larga guerra de la independencia; la idea del imperio alemán sólo fue aceptada a disgusto por la Alemania del Sur, después de una guerra contra Francia en unión de la Alemania del Norte. Lo que yo puedo describir como la concepción literaria de la historia concentrando la atención sobre las ideas y sobre la civilización, que es su producto, nos haría perder de vista los movimientos más elementales cuya presión es por lo común la causa de que existan los esfuerzos en que se nutren las grandes ideas. Una personalidad repulsiva cumple una valiosa función social al unir a sus enemigos y precisamente a causa de la presión que ejercía la barbarie externa obtuvo Europa su actual civilización. Os pido, por lo tanto, que por un momento miréis a Europa y a la historia europea como subordinadas a Asia y a la historia asiática, porque la civiliza-

ción europea es, en un sentido muy real, el producto de la lucha secular contra la invasión asiática.

El contraste más notable que muestra el mapa político de la Europa moderna es el que presenta la vasta zona de Rusia que ocupa la mitad del continente y los reducidos territorios que ocupan las potencias occidentales. Desde el punto de vista físico hay, por supuesto, un contraste semejante entre las ininterrumpidas tierras bajas del Este y el rico complejo de montañas y valles, islas y penínsulas que forman el resto de esta parte del mundo. A primera vista parecería que en estos conocidos hechos hallamos una correlación entre el medio natural y las organizaciones políticas, tan evidente que apenas valdría la pena de hacer una descripción especialmente cuando advertimos que en toda la llanura rusa un invierno helado se opone a un cálido verano, lo que hace que las condiciones de la existencia humana sean todavía más uniformes. Sin embargo, una serie de mapas históricos como los que contiene el Atlas Oxford, revelará el hecho de que esa coincidencia aproximada en la Rusia europea con la llanura oriental de Europa no es simplemente propia de los últimos cien años, sino que en los últimos tiempos hubo una reafirmación de una tendencia completamente distinta en el agrupamiento político. Dos grupos de estados generalmente dividían el país en sistemas políticos meridional y septentrional. La realidad es que el mapa orográfico no expresa el particular contraste físico que hasta hace poco tiempo determinaba el establecimiento y el movimiento humano en Rusia. Cuando la cortina de la nieve invernal se desvanece hacia el norte en la vasta extensión de la llanura, es seguida por lluvias que llegan al máximo en mayo y junio en las cercanías del Mar Negro, pero que se retrasan hasta julio y agosto cerca de los mares Báltico y Blanco. En el sur, el final del verano produce un período de sequía. Como consecuencia de este régimen climático, el norte y el noroeste estaban cubiertos de bosques que solamente se veían interrumpidos por pantanos mientras que en el sur y en el sureste había ilimitadas estepas herbáceas en las que sólo se hallaban árboles a lo largo de los ríos. La línea que separaba las dos regiones corría diagonalmente hacia el noreste, desde el extremo norte de los Cárpatos hasta un punto de los Urales, situado más cerca de la extremidad meridional que de la septentrional. Moscú se halla situado un poco al norte de esta línea o, en otras palabras, en el lado de los bosques. Fuera de Rusia, el límite de los grandes bosques corre hacia el oeste casi exactamente a través del istmo europeo, que tiene 1.200 kilómetros de ancho sobre los mares Báltico

y Negro. Además de esto, en la Europa peninsular, los bosques se extienden por el norte por las llanuras de Alemania, en tanto que las tierras de la estepa han contorneado en el sur el bastión transilvano de los Cárpatos, y se extendieron por el Danubio por los actuales trigales de Rumania hasta la Puerta de Hierro. Una zona aislada de estepas, conocida localmente por el nombre de Puzza ahora muy cultivada, ocupa la llanura húngara rodeada por un borde cubierto de bosques, formado por las montañas de los Cárpatos y de los Alpes. En todo el oeste de Rusia, excepto muy al norte, la poda de los bosques, el drenaje de los pantanos y el cultivo de las estepas, han unificado recientemente el carácter del paisaje y, en gran medida, destruyeron una distinción que antiguamente ejercía un gran efecto sobre los hombres.

Las antiguas Rusia y Polonia estaban establecidas exclusivamente en los claros de las selvas. Por el contrario, a través de la estepa, y pasando por la puerta que forman los montes Urales y el Mar Caspio, en todas las épocas transcurridas entre los siglos V y XII, de los lugares apartados y desconocidos de Asia llegó una notable sucesión de pueblos tudáneos, nómades-hunos, ávaros, búlgaros, magyares, kazares, y rumanos mongoles, y kalmucos. Los hunos, a las órdenes de Atila, se establecieron en la parte central de la Puzza, en la más extrema de las estepas secundarias danubianas, y desde allí lanzaron sus ataques hacia el norte, este y sur, contra los pueblos establecidos en Europa. Una gran parte de la historia moderna podría escribirse como un comentario de las modificaciones a que, directa o indirectamente, dieron lugar estos ataques. Es muy posible que los anglos y los sajones se vieran entonces obligados a cruzar el mar y fundaron Inglaterra en las islas británicas. Los francos, los godos y los provinciales romanos se vieron obligados por primera vez, a luchar hombro a hombro en Chalons, haciendo causa común contra los asiáticos, que inconscientemente estaban forjando la moderna Francia. Venecia se fundó a raíz de la destrucción de Aquileya y Patua; y hasta el Papado debió un prestigio decisivo a la afortunada mediación del Papa León ante Atila, que tuvo lugar en Milán. Este fue el resultado que produjo una nube de jinetes crueles y carentes de ideales que barrían las llanuras; venía a ser un golpe de enorme martillo asiático que golpeaba libremente en los espacios vacíos. Los hunos fueron seguidos por los ávaros. Con el objeto de crear una frontera contra éstos, se fundó Austria, y se fortificó Viena, como resultado de las campañas de Carlomagno. Luego vinieron los magyares, que haciendo constan-

tes incursiones desde su base de Hungría, aumentaron el significado de la avanzada austríaca, extendiendo así el foco político de Alemania hacia el este, hasta el límite del país. Los búlgaros establecieron al sur del Danubio una casta dominante, habiendo dejado su nombre en el mapa, aunque su idioma se ha rendido ante sus súbditos eslovenos.

Quizá haya sido la de los kazares la más duradera y efectiva de las ocupaciones de la estepa rusa propiamente dicha. Fue contemporánea del gran movimiento sarraceno: los geógrafos árabes conocían al mar Caspio por el nombre de mar de los Kazares. Sin embargo, finalmente llegaron otras hordas que procedían de Mongolia y durante dos siglos la Rusia de los bosques septentrionales fue tributaria de los kanes mongólicos de Kipchard, o "la Estepa", y de esta forma la evolución de Rusia se vio retrasada y desviada en un momento en que el resto de Europa avanzaba rápidamente.

Es de hacer notar que los ríos que corren desde el "Bosque" hasta los mares Negro y Caspio cruzan a lo ancho toda la ruta que por la estepa siguieron los nómades, y que de vez en cuando se produjeron movimientos transitorios a lo largo del curso de estos ríos, en ángulo recto con respecto al desplazamiento de los jinetes. Los misioneros de la cristiandad griega ascendieron a lo largo del Dnieper hasta Kiev, del mismo modo que previamente los varangios de Escandinavia habían descendido por el mismo río hasta Constantinopla. Antes de que esto ocurriera, los godos teutónicos habían aparecido momentáneamente en el Dniester, habiendo cruzado Europa desde las costas del Báltico en la misma dirección sureste. Pero éstos son episodios pasajeros que no invalidan la generalización. Durante alrededor de 1000 años, una serie de pueblos de jinetes que salieron de Asia a través de la abertura que hay entre los Montes Urales y el mar Caspio marchó por los espacios de la Rusia Meridional y penetró hacia Hungría, en pleno corazón de la península europea, moldeando al propio tiempo la historia de los grandes pueblos inmediatos, que se veían en la necesidad de hacerle frente: los rusos, los alemanes, los franceses, los italianos y los griegos bizantinos. Que hayan estimulado una reacción saludable y poderosa, en vez de aplastar a la oposición mediante el despotismo, se debe al hecho de que la movilidad de su poder estaba condicionada por las estepas y, necesariamente, cesaban en los bosques y montañas circundantes.

Una movilidad de poder rival era la de los vikingos en sus embarcaciones. Descendiendo de Escandinavia hacia las costas de Europa, tanto septentrionales como meridionales penetraron tierra adentro por

los ríos. Pero el alcance de su acción era limitado, hablando en términos generales, porque su poder era sólo efectivo en las proximidades del agua. De esta forma, los pueblos establecidos en Europa se hallaban encerrados entre dos presiones —la de los nómades asiáticos desde el este y la de los piratas marítimos desde los otros tres puntos cardinales. Por su propia nomenclatura, ninguna de las dos presiones eran agobiantes y ambas, en consecuencia, representaron su estímulo. Vale la pena indicar que la influencia formativa de los escandinavos sólo cede en importancia a la de los nómades, pues a causa de sus ataques tanto Inglaterra como Francia avanzaron mucho en su camino hacia la unidad, mientras que la unidad de Italia se vio rota por ellos. Anteriormente Roma había movilizó el poder de los pueblos establecidos en la península gracias a los caminos, pero éstos poco a poco se destruyeron y no fueron remplazados hasta el siglo XVIII.

Es probable que la invasión de los hunos no haya sido en modo alguno la primera de la serie asiática. Los escitas, bebedores de leche de yegua, que figuran en los relatos de Homero y Herodoto, evidentemente seguían las mismas normas de vida, y eran probablemente de la misma raza que los posteriores habitantes de la estepa. El elemento celta que se halla en el nombre de los ríos Don, Donets, Dnieper, Dniester y Danubio pueden ser probablemente una muestra del paso de pueblos de costumbres similares, aunque no de la misma raza, pero no es inverosímil que los celtas provinieron simplemente de los bosques septentrionales como los posteriores godos y varangios. Sin embargo, la gran cuña de población que los antropólogos caracterizan como braquicéfalos, y que se dirigió hacia el oeste, desde el Asia braquicéfala hasta Francia a través de la Europa Central, aparece como una intrusa ante las poblaciones dolicocéfalas del norte, oeste y sur, y muy probablemente procede de Asia.

Sin embargo, no puede apreciarse todo el significado de la influencia asiática sobre Europa hasta que lleguemos a las invasiones mongólicas del siglo XV; pero, antes de que analicemos los hechos esenciales que a ella se refieren, es conveniente que traslademos de Europa nuestro punto de vista geográfico, a fin de poder considerar al Viejo Mundo en su totalidad. Es evidente que, como las lluvias se derivan del mar, el corazón de la mayor de las masas terrestres ha de ser relativamente seco. No nos sorprende, por lo tanto, el hecho de que las dos terceras partes de la población del mundo se hallen concentradas en zonas relativamente pequeñas, situadas en las márgenes del

gran continente. En Europa, al lado del Océano Atlántico; en las Indias y en China, al lado de los océanos Indico y Pacífico. Una amplia faja de tierra poco menos que deshabitada, a causa de la ausencia casi absoluta de lluvias, se extiende —como el Sahara a través del norte de África— en Arabia. El África central y meridional estuvo durante una gran parte de la historia prácticamente tan separada de Europa y de Asia como lo estaban América y Australia. En realidad, el límite sur de Europa ha sido y es el Sahara y no el Mediterráneo, ya que es el desierto el que separa al hombre blanco del negro. La masa terrestre de Eurasia así comprendida entre el océano y el desierto tiene 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados) o sea la mitad de la extensión de las tierras del globo, si excluimos del cálculo a los desiertos del Sahara y de Arabia. Hay muchos desiertos aislados diseminados por el Asia, desde Siria y el Irán hasta la Manchuria, pero ninguno llega a constituir un vacío comparable al Sahara. Por el contrario, Eurasia se caracteriza por una notable distribución de sus cursos de agua. En toda una enorme zona del centro y del norte, los ríos han sido prácticamente inútiles para las comunicaciones humanas con el mundo exterior. El Volga, el Amu-Daria y el Syr-Daria desaguan en lagos salados, y el Obi y el Yenisei y el Lena en las aguas heladas del norte. Estos seis ríos están entre los más grandes del mundo. En la misma región hay muchos más pequeños, pero no por ello de poca importancia, como el Tarim y el Nelmund, que tampoco llegan al océano. Así, el corazón de Eurasia, aunque se halla salpicado de zonas desiertas, es en conjunto una estepa que proporciona grandes extensiones de pastos, si bien a menudo son insuficientes, y en la que hay no pocas zonas regadas por ríos, si bien no la atraviesa ningún curso de agua que llegue hasta el océano. En otras palabras, en esta inmensa zona tenemos todas las condiciones para el mantenimiento de una población rala, pero considerable en su totalidad, compuesta por nómades que montan en caballos y camellos. Su dominios están limitados en el norte por una ancha faja de bosques y pantanos subárticos, en la que el clima es excesivamente riguroso para el desarrollo de los establecimientos agrícolas, exceptuando las extremidades oriental y occidental. En el este, los bosques se extienden hacia el sur hasta la costa del Pacífico, en las tierras del Amur y de Manchuria. Similarmente en el oeste, en la Europa prehistórica era el bosque la vegetación que predominaba. Así encuadrada por el noreste, norte y noroeste, las estepas se despliegan en una extensión de 6000 kilómetros

desde la Puzta de Hungría hasta el pequeño Gobi de Manchuria y, excepto en su extremidad más occidental, no las atraviesa ningún río que desemboque en un océano accesible, ya que no podemos tomar en cuenta las recientes tentativas de comerciar en las desembocaduras de los ríos Obi y Yenisei; en Europa, la Siberia occidental y el Turquestán occidental, las tierras de las estepas son bajas, llegando en algunos sitios a estar debajo del nivel del mar. Más al este, en Mongolia se extiende sobre mesetas, pero el paso de uno a otro nivel presenta pocas dificultades.

Las hordas en el último término cayeron sobre Europa, a mediados del siglo XIV, reunieron sus fuerzas a unos 4500 kilómetros de distancia, en las altas estepas de Mongolia. Los estragos causados durante algunos años en Polonia, Silesia, Moravia, Hungría, Croacia y Serbia no eran, sin embargo, sino el resultado más remoto y transitorio de la gran agitación de los nómades del este que estaban asociados al nombre de Gengis Kan. Mientras la horda dorada ocupaba la estepa de Kipchak, desde el Mar de Aral, a través del espacio que hay entre los montes Urales y el mar Caspio hasta el pie de los Cárpatos, otra horda descendió hacia el sur entre el mar Caspio y el Hindú Kush, penetró en el Irán y la Mesopotamia, y llegó a Siria fundando el dominio del Ilkan. Una tercera penetró en la China septentrional, conquistando Catay. La India y Mangi, o sea la China meridional, fueron protegidas durante algún tiempo por la incomparable barrera del Tíbet, cuya eficacia como tal quizá no tenga igual en el mundo, a no ser el desierto del Sahara y los hielos polares. Pero posteriormente, en los días de Marco Polo en el caso de Mangi, y en los de Tamerlán en el de la India, el obstáculo fue rebasado. De este modo fue como todos los bordes del Viejo Mundo llegaron a experimentar, antes o después, la fuerza expansiva del poder móvil originado en la estepa. Rusia, el Irán, la India y la China fueron convertidos en tributarios o recibieron dinastías mongoles. Hasta el incipiente poder de los turcos en el Asia Menor se vio subyugado durante medio siglo.

Como en el caso de Europa, en otras tierras marginales de Eurasia hay constancias de antiguas invasiones. China tuvo que someterse más de una vez a las invasiones que provenían del norte; y la India sufrió varias invasiones que tenían su origen en el noroeste. En el caso de Persia, sin embargo, por lo menos una de las antiguas invasiones tiene un especial significado para la historia de la civilización occidental. Tres o cuatro siglos antes que los mongoles, los turcos seljuks que procedían del Asia Central, invadieron por este camino una

inmensa región, que podemos denominar de los cinco mares, Caspio, Negro, Mediterráneo, Rojo y Pérsico. Se establecieron en Kermán, en Hamadán y en el Asia Menor, y vencieron al dominio de los sarracenos en Bagdad y Damasco. Cuando la cristiandad emprendió la serie de campañas que se conocen por el nombre colectivo de las Cruzadas, su propósito aparente era el de castigarlos por los tratos que daban en Jerusalén a los peregrinos cristianos. Aunque estas campañas no alcanzaron su objeto inmediato, excitaron y unieron en tal forma a Europa, que podemos considerarlas como el comienzo de la historia moderna —otro notable ejemplo de un avance europeo estimulado por la necesidad de reaccionar contra una presión procedente del corazón de Asia.

La concepción de Eurasia a que llegamos de esta forma, es la de una tierra continua, rodeada por hielos en el norte y por agua en las otras parte, que mide 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de tres veces la extensión de América del Norte, y cuyo centro y norte, que miden alrededor de 9 millones de millas cuadradas (23,3 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de dos veces la extensión de Europa, no tienen ningún curso de agua que llegue al océano, pero, por otra parte, y exceptuando la zona de los bosques subárticos, son generalmente favorables para la movilidad de los hombres que montan en caballos o en camellos. En el este, sur y oeste de este corazón terrestre se hallan las regiones marginales, en forma de amplios semicírculos, que son accesibles a los navegantes. De acuerdo con su conformación física, estas regiones son cuatro, y no es extraordinario que en general coincidan con las esferas de acción de las cuatro grandes religiones: budismo, brahmanismo, mahometismo y cristianismo. Las dos primeras regiones comprenden los países monzónicos, volcada una de ellas hacia el Pacífico y la otra hacia el Océano Indico. La cuarta región es Europa, regada por las lluvias occidentales que proceden del Atlántico. Estas tres regiones juntas, que miden menos de 7 millones de millas cuadradas (18,1 millones de kilómetros cuadrados), cuentan con una población de más de 1000 millones de habitantes, o sea las dos terceras partes de la población del globo. La tercera región, que coincide con la tierra de los cinco mares o, como se la denomina más a menudo, el Cercano Oriente, está privada de humedad en sumo grado, a causa de la proximidad de Africa. En consecuencia, excepto en los oasis, se halla escasamente poblada. Hasta cierto punto comparte las características de la faja marginal y de la zona central de Eurasia. Está en su mayor

parte desprovista de bosques, está salpicada de desiertos y se adapta, por lo tanto, a la acción de los nómades. Sin embargo, tiene principalmente un carácter marginal, debido a que los golfos y los ríos oceánicos la ponen al alcance del poder marítimo y permiten que se ejerza ese poder desde ella. Como una consecuencia de esto, periódicamente a través de la historia ha habido en ella imperios que pertenecieron esencialmente a dos regiones marginales: Babilonia y Egipto, los que contaban con una libre comunicación acuática con los mundos civilizados del Mediterráneo y de las Indias pero, como podía esperarse, estos imperios se han visto sometidos a una serie inigualada de revoluciones, originadas unas por las incursiones de los escitas, turcos y mongoles que provenían del Asia Central, y otras, por los esfuerzos de los pueblos mediterráneos para conquistar las vías terrestres que conducen desde el océano occidental hasta el oriental. Es éste el punto más débil de la faja de las civilizaciones primitivas, porque el istmo de Suez dividió el poder marítimo en oriental y occidental y los áridos desiertos de Persia, que avanzaban desde el Asia Central hasta el golfo Pérsico ofrecían constantemente al poder nómade la oportunidad de llegar a la orilla del océano que separaba a la India y a la China por un lado, y al mundo mediterráneo por el otro. Mientras eran débiles zonas de Siria, Babilonia y Egipto, los pueblos de la estepa podían considerar a las altiplanicies abiertas del Irán y del Asia Menor como los puestos avanzados desde los cuales podían atacar a la India a través del Punjab, a Egipto a través de Siria, y a Hungría pasando por el puente roto del Bósforo y los Dardanelos. Viena se hallaba en la puerta de la Europa interior, sufriendo los ataques de los nómades, tanto de los que llegaban por el camino directo a través de la estepa rusa, como de los que daban un rodeo pasando por el sur de los mares Negro y Caspio.

Aquí hemos visto las diferencias esenciales que presentan los dominios sarracenos y turco sobre el Cercano Oriente. Los sarracenos eran una rama de la raza semítica, esencialmente pueblo del Eufrates y del Nilo y de los más pequeños oasis del Asia inferior. Crearon un gran imperio utilizando los dos medios de movilidad que su tierra les permitía: el del caballo y el camello por un lado, y el del barco por otro. En diferentes épocas, sus flotas controlaron el Mediterráneo hasta España, y el Océano Indico hasta las islas de Malaca. Desde su posición estratégicamente central entre los océanos oriental y occidental, trataban de conquistar todas las tierras marginales del Viejo Mundo, a imitación de Alejandro y anticipándose a Napoleón. Hasta podían

llegar a amenazar las tierras de la estepa. Los turanos paganos provenientes del cerrado corazón de Asia —los turcos que destruyeron la civilización sarracena—, eran completamente distintos de Arabia, así como de Europa, de la India y de la China.

La movilidad sobre el océano es el rival natural de la movilidad sobre el caballo y el camello en el corazón del continente. El período fluvial de las civilizaciones tuvo como base la navegación por los ríos oceánicos; por el Yangtsé la de la China, por el Ganges la de la India, por el Eufrates la de Babilonia, y por el Nilo la de Egipto. Lo que se ha descrito como el período marítimo de la civilización, de la época de los griegos y de los romanos, se basaba esencialmente en la navegación por el Mediterráneo. Los sarracenos y los vikingos apoyaban su dominio en la navegación por las costas oceánicas.

El resultado más destacado del descubrimiento de la ruta que, pasando por el cabo de Buena Esperanza, conducía hasta la India, fue que unió las navegaciones costaneras oriental y occidental de Eurasia, aun cuando fueran por un camino tortuoso, y en cierta medida neutralizó las ventajas estratégicas de la posición central que mantenían los nómades de la estepa, presionando sobre ellos por su retaguardia. La revolución comenzada por los grandes marinos de la generación colombina dotó a la cristiandad de la movilidad de poder más amplia que se conoce, si se exceptúa la movilidad de las alas. El océano, único y continuo, que envuelve las tierras divididas e insulares es, por supuesto, la condición geográfica fundamental de unión para el comando del mar, y para todas las teorías de la moderna estrategia y política navales, tal como las exponen escritores como el capitán Mahan y el Sr. Spencer Wilkinson. El enorme efecto político que esto produjo, se reflejó en la modificación radical de las relaciones entre Europa y Asia, porque en la Edad Media se hallaba Europa encerrada entre un desierto impasable por el sur, un océano desconocido por el oeste, enormes zonas heladas o cubiertas de bosques por el norte y el noreste, y por el este y el sureste la constante amenaza de la movilidad superior de los nómades que montaban en caballos o camellos. Apareció entonces en el mundo en posición dominante, multiplicando más de treinta veces la superficie del mar y de las tierras costeras a que tenían acceso, y envolviendo con su influencia al poder terrestre eurasiático que hasta entonces había amenazado su propia existencia. Se crearon nuevas Europas en las tierras desocupadas descubiertas en medio de los mares, y lo que con respecto a Europa eran Inglaterra y Escandinavia en los primeros tiempos, con

respecto a Eurasia son ahora América y Australia, y hasta el Africa transahariana. Inglaterra, Canadá, los Estados Unidos, Sudáfrica, Australia y Japón constituyen ahora un anillo de bases exteriores e insulares para el poder marítimo y el comercio, que son inaccesibles para el poder terrestre de Eurasia.

Pero el poder terrestre todavía existe, y recientes acontecimientos han aumentado su significado. Mientras los pueblos marítimos de la Europa Occidental han cubierto el océano con sus flotas, han poblado los continentes exteriores, y en grado variable, han convertido en tributarios a los bordes oceánicos de Asia. Rusia ha organizado a los cosacos y, surgiendo de sus bosques septentrionales, ha controlado la estepa haciendo que sus propios nómades enfrentaran a los nómades tártaros. El siglo de los Tudor, que vio la expansión de la Europa Occidental sobre el mar, vio también al poder ruso que se extendía, desde Moscú, a través de la Siberia. Este ataque hacia el oeste a través de Asia, llevado a cabo por los jinetes, fue un acontecimiento casi tan fértil en consecuencias políticas como lo fue el rodeo del Cabo de Buena Esperanza, aunque ambos movimientos se mantuvieron separados durante largo tiempo.

Probablemente sea una de las más notables coincidencias de la historia el hecho de que la expansión de Europa hacia la tierra y hacia el mar haya continuado, en cierto sentido, la antigua oposición entre los romanos y los griegos. Pocos fracasos han tenido mayores consecuencias que el sufrido por Roma al intentar latinizar a Grecia. Los teutones fueron civilizados y cristianizados por los romanos, y los eslavos principalmente por los griegos. Fueron los romano-teutones los que en las épocas recientes navegaron por el océano, fueron los greco-eslavos los que cabalgaron por las estepas conquistando a los turanos. Advertimos así que el moderno poder terrestre difiere del poder marítimo no menos en la fuente de sus ideales que en las condiciones materiales de su movilidad.

Detrás del cosaco, Rusia ha surgido felizmente de su anterior aislamiento en los bosques septentrionales. Es probable que el cambio de mayor importancia intrínseca que se ha producido en Europa durante el siglo pasado haya sido la emigración de los campesinos rusos hacia el sur. Anteriormente la población agrícola terminaba en los límites de los bosques, pero esta emigración hizo que el centro de la población de la Rusia Europea se halle ahora al sur de dicho límite, en medio de los trigales que han reemplazado a las estepas

más occidentales. Odesa ha evolucionado aquí con un ritmo semejante al de una ciudad norteamericana.

Durante la generación anterior, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado corazón terrestre de Eurasia, vastas regiones en las que no se dispone de madera ni de piedra para la construcción de carreteras. Los ferrocarriles tienen un papel muy destacado en la estepa, porque rempazan directamente a la movilidad del caballo y del camello, habiéndose pasado por alto el período de la carretera.

En lo que se refiere al comercio no debe olvidarse que el transporte oceánico, si bien relativamente barato, exige por lo general cuatro manipulaciones de las mercaderías: en la fábrica de origen, en el muelle de exportación, en el muelle de importación y en el almacén de destino para la distribución a la venta al por menor; en cambio, el furgón del ferrocarril continental puede recorrer directamente la distancia que separa a la fábrica exportadora del almacén importador. El comercio marginal que se mantiene a través del océano tiende a formar alrededor de los continentes una zona de penetración, cuyo límite interior está marcado aproximadamente por la línea a lo largo de la cual el costo total de las cuatro manipulaciones del flete marítimo y del flete ferroviario desde la costa, es equivalente al de las dos manipulaciones y el flete del ferrocarril continental. Se dice que es de este carácter la competencia que en Lombardía libran los carbones inglés y alemán.

El ferrocarril ruso tiene un recorrido de 6000 millas (9600 kilómetros) desde Wirballen en el oeste hasta Vladivostok en el este; el ejército ruso que se halla en Manchuria es un ejemplo tan significativo del poder terrestre móvil como el ejército inglés establecido en Sudáfrica lo era del poder marítimo. Es cierto que el ferrocarril transiberiano es todavía solamente una línea de comunicación única y precaria, pero no habrá transcurrido una gran parte del siglo antes de que Asia esté cubierta de ferrocarriles. Los espacios comprendidos por el Imperio Soviético y la Mongolia son tan extensos, y son hasta tal punto incalculables sus potencialidades en cuanto a población, trigo, algodón, combustibles y metales, que es inevitable que allí se

desarrolle un gran mundo económico, más o menos aislado, que será inaccesible al comercio oceánico.

A medida que consideramos esta rápida revisión de las más importantes corrientes históricas, ¿no se hace evidente una cierta persistencia de la relación geográfica? ¿No es la región pivote de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómades, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles? Han existido y existen en esa zona las condiciones de una movilidad de poder militar y económico que tiene un carácter trascendente, y sin embargo limitado. Rusia rempaza al imperio mongol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, la India y la China rempaza a los ataques centrífugos de los hombres de la estepa. Ocupa en el mundo la misma posición estratégica central que ocupa Alemania en Europa. Puede atacar por todos lados, y puede también ser atacada por todos lados, excepto por el norte. El completo desarrollo de su moderna movilidad ferroviaria es simplemente una cuestión de tiempo. Tampoco es probable que una posible revolución social altere sus relaciones esenciales con los grandes límites geográficos de su existencia. Reconociendo acertadamente los límites fundamentales de su poder, sus dirigentes se han deshecho de Alaska; se debe esto a que no poseer nada sobre el mar es para la política rusa una ley tan fundamental como para Inglaterra es mantener el dominio del océano.

Fuera de la zona pivote, en un gran arco interior, se hallan Alemania, Austria, Turquía, la India y la China y en un arco exterior, Inglaterra, Sudáfrica, Australia, los Estados Unidos, Canadá y el Japón. En las actuales circunstancias del equilibrio del poder, el estado pivote, Rusia, no es equivalente a los periféricos, y podría crearse un contrapeso en Francia. Los Estados Unidos se han convertido hace poco en una potencia oriental, no afectando directamente el equilibrio europeo, sino a través de Rusia, y construirán el Canal de Panamá a fin de poder disponer en el Pacífico de sus recursos del Misisipi y del Atlántico. Desde este punto de vista, la verdadera división entre el Oriente y el Occidente debe buscarse en el Océano Atlántico.

El vuelco del equilibrio de poder en favor del estado pivote, como un resultado de su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de los amplios recursos continentales para la construcción de una flota, y el imperio del mundo estaría a la vista.

Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia. La amenaza que este hecho encerraría, induciría a Francia a una alianza con las potencias marítimas, y Francia, Italia, Egipto, la India y Corea se convertirían en otras tantas cabeceras de puentes donde las armadas exteriores podrían apoyar a sus ejércitos, para obligar a los aliados de las zonas pivote a desplegar sus ejércitos terrestres, evitando así que se concentrara en las flotas todo su poder. En menor escala, esto fue lo que hizo Wellington en su base marítima de Torres Vedras durante la guerra Peninsular. En definitiva, ¿no puede resultar ésta la función estratégica que le cabe a la India dentro del sistema imperial británico? ¿No es ésta la idea que sirve de base a la concepción de Amery de que el frente militar inglés se extiende desde el Cabo hasta el Japón, pasando por la India?

El desarrollo de las grandes potencialidades de América del Sur puede tener una influencia decisiva en el sistema. Pueden fortalecer a los Estados Unidos o, por el contrario, si Alemania pudiera desafiar con éxito a la doctrina de Monroe, podría separar a Berlín de lo que quizá puedo describir como una política de pivote. Las particulares combinaciones de poder que se hallan en equilibrio no son sustanciales; mi argumento es que desde un punto de vista geográfico probablemente han de girar alrededor del estado pivote, que probablemente ha de ser siempre grande, pero con una movilidad limitada si se compara con la de las potencias marginales e insulares que lo rodean.

He hablado como un geógrafo. El equilibrio real del poder político en un momento dado es, por supuesto, el producto de condiciones geográficas, tanto económicas como estratégicas, por una parte, y del número relativo, la virilidad, los equipos y la organización de los pueblos competidores, por la otra. En la misma proporción en que se hayan calculado acertadamente estas cantidades, tendremos probabilidades de arreglar las diferencias sin tener que acudir al brutal recurso de las armas. Y en estos cálculos las cantidades geográficas son más fácilmente mensurables y más próximas a ser constantes que las humanas. En consecuencia, podemos esperar que nuestra fórmula sea igualmente aplicable a la Historia pasada y a la política actual.

Los movimientos sociales de todos los tiempos se han desarrollado esencialmente alrededor de las mismas características físicas, porque yo tengo dudas acerca de si la progresiva desecación de Asia y Africa, aun cuando fuera comprobada, ha alterado vitalmente el medio humano en las épocas históricas. Considero que la marcha del Imperio

hacia el oeste ha sido una pequeña rotación del poder marginal alrededor del borde suroeste, y oeste de la zona pivote. Las cuestiones del Cercano, Medio y Lejano Oriente están relacionadas con el equilibrio inestable de las potencias interiores y exteriores en aquellas partes del arco marginal en que el poder local es en la actualidad más o menos insignificante.

Como conclusión, no estaría fuera de lugar indicar expresamente que la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses llegaran a vencer al imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, pero simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la región pivote.

## KARL HAUSHOFER

Karl Haushofer nació el 27 de agosto de 1869 en Munich, Alemania. En 1908 es enviado al Japón, oportunidad que aprovechó para visitar India, Burma, Corea, China. Durante ese período aprendió no sólo el idioma japonés, sino también chino, coreano, ruso, francés, etcétera. En 1912 regresa a Alemania con el rango de coronel y escribe dos libros sobre Japón y el Pacífico. Poco después egresa de la Universidad de Munich con los títulos de doctor en geografía, geología e historia.

Después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial se dedicó a analizar las causas que llevaron al derrumbe alemán, retirándose en 1919 con la jerarquía de mayor general. En este lapso toma contacto con Hitler y con el grupo formador del partido nazi, sobre los cuales ejerció una influencia aún no determinada con precisión.

En 1924 fundó la *Revista de Geopolítica* y recién en 1933 (después del ascenso de Hitler al gobierno) fundó el Instituto Geopolítico, que condensó en poco tiempo el mayor conocimiento informativo y estadístico de todo el mundo. Sus publicaciones influyeron en diversos grados sobre la clase dirigente de la Alemania nazi. Sus principales publicaciones son: *La importancia geográfica y política de las fronteras* (1927-1939), *Geoestrategia* (1932), *Poder y mundo* (1934) y *Política mundial de hoy* (1934).

## PODER Y ESPACIO

por Karl Haushofer

### Espacio y política mundial

El mayor drama de la historia del mundo se convierte en una comedia si el villano, en el momento culminante, da un tropezón contra uno de los decorados. Tampoco puede tomar el curso adecuado si el héroe, precipitándose en escena prematuramente, se cae por un escotillón. Conocedor de la disposición de los decorados del teatro, debía haber sabido cómo evitar ese contratiempo. Por lo menos, esperar que le avisaran antes de salir a escena.

Lo que es verdad en el mundo ficticio del teatro tiene aún mejor aplicación en el mundo real. Las estructuras de poder suben y caen mientras sigue representándose la interminable obra de la política mundial. En este drama los pueblos tienen a su cargo el papel de héroe, en tanto piensen en función del espacio. Cuando desatienden la importancia del espacio, son relegados al último plano.

El espacio rige la historia de la humanidad. No obstante eso, ¿cuántas naciones se dan realmente cuenta de la importancia que tiene un planeamiento adecuado en materia de espacio? ¿Cuántas adaptan su política a las necesidades del espacio? Hay demasiadas que prefieren las pequeñas comodidades de un rincón seguro y acogedor a las dificultades que ocasiona la vida en amplias zonas, en llanuras o en el mar. La mayoría pocas veces considera el problema de si vive en territorios que están o no de acuerdo con su carácter. No-

obstante, sólo una nación cuyo espacio se ajusta a sus necesidades, tanto espirituales como materiales, puede tener esperanza de alcanzar verdadera grandeza.

Cada uno de nosotros es, en cierto modo, un factor que representa su papel en la escena de la política mundial. Aun en el lugar más humilde, como seguidores voluntarios de un jefe enviado por Dios, ayudamos a moldear el futuro de nuestro pueblo, aunque no sea más que por la repercusión adecuada en el momento y sitio que correspondē. Esta es una misión de la que nadie puede relevarnos. Sin embargo, para llevarla a cabo correctamente debemos tener un conocimiento básico de la política mundial. Debemos por sobre todo, comprender la importancia fundamental del espacio político y examinar constantemente la relación con nuestro destino en materia de espacio.

### **Presión del espacio y de la población**

Puesto que el espacio es el factor más decisivo en la política mundial, un análisis sobre la situación actual del mundo debe basarse en la distribución del espacio vital disponible en la Tierra. Veamos por tanto las divisiones políticas del mapa.

Advertimos dos contrastes importantes. Nuestro mapa no sólo revela uno absoluto, entre las grandes y pequeñas potencias, sino también otro relativo, entre las potencias que cuentan con grandes reservas de espacio y experimentan por tanto escasa presión de población (como ocurre en el caso de Rusia y los Estados Unidos), y las que cuentan con pequeños espacios y pequeñas reservas (como el Japón), o las que no tienen reserva alguna, como Alemania. Mientras la población de Australia es de 1 habitante, o algo menos, por kilómetro cuadrado, de 5,7 en Rusia, 9 en Bélgica y Francia, 12 en el imperio británico, 15 en los Estados Unidos, 16 en Italia y 20 en Holanda, Japón y Alemania deben mantener de 140 a 150 personas en cada kilómetro cuadrado de su territorio. Esta cifra sube hasta 1000 en algunas partes de estos dos países. Además, si tenemos en cuenta el hecho de que sólo una parte del Japón es terreno cultivable para la agricultura y, por tanto, relacionamos su población con las secciones fértiles, encontramos que éstas deben alimentar a 960 habitantes por kilómetro cuadrado. La desesperada situación de Alemania también se advierte claramente en todo su carácter trágico si tenemos presente que la zona

de Europa situada al norte de los Alpes solo puede alimentar a unas 100 personas por kilómetro cuadrado.

Advertimos así que las potencias del mundo quedan divididas en dos grupos fundamentalmente distintos: por una parte, aquellas que tienen mucho más espacio del que alguna vez podrían dominar y, por otra, aquéllas que cuentan con menos espacio que el que debieran tener para alimentar en forma adecuada a su población actual.

### **El significado del dominio del espacio**

Por supuesto, hay una serie de gradaciones entre estos extremos y se puede discernir ciertas diferencias básicas entre los mismos. Entre las potencias que cuentan con grandes espacios hay algunas que podrían integrar, si no desarrollar, y ocupar por entero sus territorios, ya sea inmediatamente o en un futuro próximo. Otros siempre serán incapaces de dominarlos. Esto se aplica a extensas zonas de Suramérica, Africa y Asia. Australia también tiene grandes zonas despobladas. De acuerdo con diversos cálculos, podría alimentar de 170 a 450 millones de habitantes, mientras que en la actualidad sólo viven en ella 6 ó 7 millones. En lo que se refiere a los Estados Unidos y a la Unión Soviética, sus espacios están completamente integrados, por lo menos administrativamente.

Por otra parte, el Imperio Británico, que ha creado el mayor espacio político del mundo, es mucho menos sólido en su estructura. Su dominio del espacio está disputado. Ya ha tenido que conceder, por cuestión de principios, el derecho de secesión a uno de los estados que la componen: Sud Africa; e Irlanda ha amenazado con hacer uso de ese mismo derecho. Tarde o temprano, probablemente una vez que se haya acordado la autonomía a la India. Con sus 353 millones de habitantes, este derecho se concederá expresamente a los Dominios. Es decir, que un imperio mundial que parecía haber llegado a la cima de su poder después de la Primera Guerra Mundial, y que por sí solo controla el tercer mar del mundo (el Océano Indico), se ha convertido en una de las estructuras políticas más problemáticas de nuestro tiempo. Antes de la Primera Guerra Mundial, este imperio miraba despreciativamente al "imperio desvencijado" de la monarquía de los Habsburgo, la más débil de las potencias de la época anterior a la guerra. Hoy, la solidez de su espacio es igualmente dudosa.

No es difícil hallar las razones de esta decadencia. Hasta fines del siglo XIX, Gran Bretaña era "el imperio isleño" y, como tal, la única potencia oceánica digna de tal nombre. Su armada era dueña indiscutida de los siete mares. Sin embargo, después de la guerra chino-japonesa de 1894-1895, apareció un serio rival, el Japón.

En la actualidad, además de Inglaterra, Japón, los Estados Unidos y Holanda (quien con sus posesiones en Indonesia está a nivel de las grandes potencias), deben ser considerados como estados oceánicos. Lo mismo ocurre con Australia y Nueva Zelanda, quienes están intensificando su independencia.

Hay un ejemplo poco advertido en la historia del mundo que puede proporcionar valiosas enseñanzas en lo que se refiere a la posible desintegración del Imperio Británico. Este ejemplo es la decadencia que sufrieron los imperios portugués y español cuando perdieron sus territorios y su poder. También en este caso la incapacidad para dominar el espacio condujo finalmente a la dispersión de ambos imperios. Con una población de sólo cuatro millones, la península ibérica fue incapaz de proveer las suficientes reservas de potencial humano que hacían falta para la enorme extensión de su espacio. Era desangrada por una continua emigración que no era suficiente para poblar debidamente las colonias y por tanto se vio obligada a contar con la admisión de razas extranjeras con las que se mezclaron sus colonos.

La carencia de dominio del espacio fue una de las desafortunadas herencias que los estados sudamericanos recibieron de la madre patria. Esta carencia es aún hoy la causante de muchos rozamientos que se producen en la América latina. Hizo que Bolivia tuviera que ceder al Brasil el rico territorio de Acre, productor de caucho (1903); ocasionó la eterna cuestión de límites entre Bolivia y Paraguay por la parte norte del Chaco; produjo la guerra del Pacífico (1879-1884) y el subsiguiente conflicto de Tacna y Arica entre Chile y Perú. La carencia de dominio del espacio dio lugar a constantes conflictos limítrofes entre Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, y redujo al Paraguay a un pequeño país, después de haber estado a la par de las primeras potencias sudamericanas. El problema de las emigraciones alemana, italiana y japonesa en el Brasil es, en último análisis, el corolario de la falta de dominio del espacio.

## Conceptos de espacio

Los conceptos de espacio varían en todo el mundo. Ratzel advirtió la diferencia que existe entre los conceptos de espacio de los estadistas asiáticos y americanos, que están acostumbrados a pensar en grandes zonas, y los de los europeos, que son históricamente diferentes, más arraigados y más estrechos. Estaba muy acertado cuando ponía en guardia contra una intervención de los primeros en nuestro continente.

Efectivamente, siempre que intervinieron causaron perjuicios incalculables. Dividieron la Alta Silesia en dos partes, una de las cuales quedó en poder de Alemania y la otra en poder de Polonia. Otros territorios fueron arrancados en forma similar a un país y entregados a otro, como si fueran regiones deshabitadas y carentes de historia, como ocurre en el Gran Chaco o en la Mongolia Exterior. El derecho a la intervención exterior llegó a perpetuarse en el Pacto de la Sociedad de las Naciones. De acuerdo con el mismo, veintiún estados sudamericanos, China y otros estados no europeos pueden aplicar sus conceptos particulares del espacio a las condiciones muy distintas que imperan en Europa.

Podemos así comprender por qué las espaciosas uniones de la Rusia Soviética, los Estados Unidos y el Brasil se mantuvieron apartadas de la Sociedad de las Naciones. Acostumbrados a pensar en grandes espacios, no se amoldaban al estrecho marco de la Sociedad de las Naciones. Son también comprensibles las repetidas amenazas de abandonar la Sociedad de las Naciones que hacían Australia y China. A orillas del Pacífico, sus conceptos de espacio también difieren mucho de los conceptos de los miembros europeos de la Sociedad. Tampoco es una casualidad que algunos estados del Pacífico (México) nunca hayan ingresado a la Sociedad de las Naciones, o se hayan retirado (Japón) de la misma. En la actualidad, casi ninguna de las grandes potencias del Pacífico pertenecen a este organismo mundial.

## Modificaciones en la distribución del espacio

"El espacio amplio conserva la vida." Esta opinión biológica del Estado, expresada por Ratzel con brevedad clásica, no sólo se adapta a las grandes potencias mundiales, muchas de las cuales sufren de abundancia de espacio, sino que también debe ser el principio que

gué a países que, como Japón, Italia o Alemania carecen de él o fueron despojados del escaso espacio que habían podido obtener. Algunas observaciones generales pueden servir como hitos del camino que debe seguirse.

Las modificaciones de espacio en gran escala pueden hacerse mucho más fácilmente en los grandes territorios que en los pequeños. Poco trabajo le costó a Rusia conseguir que la Mongolia Exterior y Tannu Tuva pasaran de la esfera de influencia de China a la suya. No fueron mayores las dificultades con que tropezó Inglaterra para apoderarse de Birmania y de la península de Malaca, ni las que hallaron Japón en Manchuria y Corea, Francia en Indochina e Italia en Etiopía. En cambio, la separación de pequeñas fajas de territorio alemán, la desintegración de la monarquía del Danubio, y la creación de un cinturón aislante de seguridad, formado por pequeños estados situados alrededor de Alemania, tuvieron repercusiones que conmovieron al mundo.

Seguramente si es lo bastante fuerte, el simple deseo de conquistar espacio por parte de un individuo destacado o de un grupo, y ocasionalmente de todo un pueblo, puede producir enormes cambios en los espacios políticos del mundo, desatendiendo todas las leyes geopolíticas. Alejandro Magno ocasionó estos trastornos durante breve tiempo, mientras que la política de César con respecto al Rin y las conquistas territoriales del Emperador Chino, Shi Hwang Ti, dejaron huellas que duraron cientos de años. Sin embargo, nunca debemos olvidar que estas obras tenían una sólida base de espacio. Fue la extensión relativamente grande de Macedonia la que permitió a Alejandro avanzar contra el Danubio y el mar Egeo y dominar el decadente imperio persa. Pero fue el territorio extranjero del Punjab el que finalmente lo obligó a retirarse, César basaba su campaña contra las Galias en la fuerza de la Alta Italia. De modo semejante, el imperio mongol derivó su potencia conquistadora del amplio espacio de los valles del Amur y del Angara. Finalmente, fue la unión de Castilla y Aragón y la derrota del imperio musulmán, lo que dio a la corona española la potencia derivada del espacio que le era necesario para construir un imperio en el que, al menos durante algún tiempo, no se ponía el sol.

## El espacio como factor militar

Hasta ahora hemos considerado el espacio como factor político y económico; sin embargo, tiene también gran importancia militar. La profundidad de su espacio, permite hoy a la Rusia soviética trasladar sus industrias hacia el Este, fuera del radio de acción de los bombarderos enemigos. Poderosos por su espacio y por las reservas de espacio de que todavía disponen, los Estados Unidos pueden seguir una política fuerte, que supone una estricta no intervención en su territorio, pero reclama el derecho a intervenir en los asuntos de otras naciones del mundo.

Ese espacio, así como la inmunidad a los ataques de la armada inglesa, han hecho a Rusia y los Estados Unidos inexpugnables para Inglaterra. Su fuerza creciente, en cambio, ha debilitado al imperio británico, de manera tal que el suyo es un problema de espacio no dominado.

“El espacio amplio conserva la vida”. El imperio insular japonés comprendió enteramente la verdad de este axioma. En una desesperada aventura ensanchó el cuerpo de su imperio, que entre Osaka-Nagoya y Tusoruga tiene una anchura inferior a 100 kilómetros, creando un imperio alrededor del mar del Japón. Apoderándose de las materias primas de Manchuria y extendiéndose al interior del territorio de Asia, se adaptó a sus vecinos, poderosos en espacio. Si no hubiera sido por la profundidad de su espacio, China habría sucumbido hace tiempo a su agotadora guerra civil, que hasta ahora (1936) tiene una duración de 25 años. Solamente la profundidad de su espacio y sus condiciones especiales geográfico-guerreras han conservado a los estados libres del Cercano Oriente y del Asia Central—Irán y Afganistán. Y fue también la profundidad de su espacio lo que salvó a Etiopía, el único estado autónomo de Africa, hasta que en 1935 fue absorbida por una potencia más fuerte.

## Espacio para Alemania

Expresamente hemos colocado la fuerza política del espacio al principio de este manual de política mundial. Para nosotros, los alemanes, es de la mayor importancia que comprendamos que carecemos hasta del más mínimo espacio vital. La educación política mundial de Alemania debe, por tanto, hacer comprender incansablemente

que la utilización de nuestro territorio nacional es intolerable. Nada es más peligroso que resignarse a una pérdida que no es el resultado de una necesidad natural, sino que obedece a una ley artificial y arbitraria, como son muchas de las formaciones de espacio que registra la historia del mundo.

Lo que las manos han construido, las manos pueden también destruir. Este hogar de libertad, Dios lo ha construido para nosotros.

Guillermo Tell, desafía así al Castillo de Uri, el poderoso símbolo del poder de Austria. Pero para proteger al hogar de libertad todos deben estar dispuestos a ayudar a defenderlo. La exacta valuación política-universal del espacio dirá dónde y cuándo hay que prestar la ayuda.

### **Las fronteras como materia de la política mundial Importancia de los conflictos de límites**

Es un grave error, en términos de la política mundial, considerar las fronteras como líneas rígidas e inmutables. Las fronteras podrán ser lo que se quiera, menos elementos muertos; son organismos vivos que se extienden y se contraen, del mismo modo que la piel y otros órganos protectores del cuerpo humano.

Si consideramos las fronteras como zonas de batalla de la interminable lucha de la política mundial, los mapas político-geográficos de viejo estilo pierden su rigidez cadavérica. Las líneas carentes de vida que separan a los diversos espacios políticos, repentinamente se nos aparecen vivas, como una parte del organismo dinámico que vive dentro de ellas. Así transformado, nuestro mapa nos revela ahora, con la claridad de una radiografía, los lugares en que el esqueleto que sirve de sostén se halla demasiado cerca de la piel, dónde ofrecen una protección afectiva las fuertes formaciones musculares y dónde pueden las glándulas activas disolver o absorber cuerpos extraños invasores o veneno.

Usamos deliberadamente analogías biológicas, porque las fronteras son organismos biológicos del Estado. En realidad, las modificaciones fronterizas pueden ser comprendidas más fácilmente si se comparan con determinados fenómenos físicos naturales.

Por supuesto, es el imperio británico el más rico en variaciones de tipos de fronteras. Una simple ojeada a la carrera de Lord Kitchener,

de sir Ian Hamilton, nos revela la gran experiencia de fronteras que adquirieron en el curso de sus vidas. No puede atribuirse esto simplemente a que el amor a la aventura los llevara hasta las regiones de las posesiones inglesas en que hubiera conflictos fronterizos. La carrera de muchos oficiales o funcionarios ingleses abunda tanto en trabajos de cuestiones fronterizas como la de los dos antes citados.

Kitchener se ocupó de problemas fronterizos en todos los lugares en que estuvo. En el Cercano Oriente tuvo que afrontar regiones costaneras superpobladas que absorbían la población de las áridas regiones interiores. En Chipre halló una isla cuyo interior nunca había sido mapeado. En el valle del Nilo encaró el calidoscopio de los límites políticos, que mantenía constantemente en guardia a Egipto, Turquía, Inglaterra, Francia, Italia y Etiopía. En Sud Africa y en la provincia del Noroeste de la India, las regiones fronterizas tenían que ser protegidas de los nativos rebeldes.

Muchos oficiales y funcionarios franceses, particularmente en Marruecos, tuvieron que hacer frente a problemas similares. Obtuvieron de esta forma valiosas experiencias que les ayudaron a resolver los problemas de límites que se planteaban en otras zonas del imperio francés.

### **El problema de fronteras de Alemania**

Los dirigentes políticos y militares de Alemania, por otro lado, nunca comprendieron la importancia político-mundial de los problemas de límites. Durante doscientos años tuvimos el problema de una frontera alpina pero sin embargo hasta el momento no hemos desarrollado una política general de fronteras con respecto a los Alpes. En consecuencia, constantemente se nos separa de ellos. Actualmente la frontera italiana ha sido adelantada hasta la cima de los Alpes, avance que coloca a Munich dentro del alcance de los cañones de Italia. En Estiria, así como en Valais, Alemania pierde terreno constantemente. Y en Carintia puede mantenerse sólo a costa de grandes esfuerzos. Tal es la actitud alemana con respecto a problemas de fronteras que son claramente visibles. Huelga decir que es todavía mayor nuestra indiferencia con respecto a otros, sobre fronteras naturales, que aún no se han desarrollado.

Con todo, Alemania, más que cualquier otro país, anhela una revisión de sus fronteras. Con su territorio natural mutilado y sus límites indefensos a causa de la neutralización, muchos de sus hijos viven en lo que es ahora suelo extranjero. Francia ha incorporado a su territorio —con Alsacia— grandes poblados alemanes. Checoslovaquia y Polonia tienen cientos de miles de alemanes dentro de sus fronteras. Estas condiciones han de conducir necesariamente a rozamientos político-mundiales.

### Los límites de Europa

Pero no son los de Alemania los únicos problemas fronterizos de Europa. Italia, en ciertos sectores de las provincias fronterizas del nordeste, penetra en los territorios de Alemania y Yugoslavia, mientras que Francia lo hace en territorio de Italia en la frontera noroeste de este país. Como dijo Mussolini en 1934, Italia también está molesta por sus problemas de límites en el Mediterráneo. Las zonas de habla italiana de Malta y Túnez, con sus 60.000 italianos son constantes fuentes de tensión. Y la propia Italia aumentó sus preocupaciones reteniendo suelo ajeno en las islas griegas del Dodécaneso, y tratando de obtener un acceso al territorio yugoslavo.

Los problemas de límites de la Europa central y oriental son mucho más numerosos. Polonia y Lituania están separados por una frontera tensa por el odio nacionalista desde la incorporación de Vilna al territorio polaco. La Rusia soviética, a pesar de todos los pactos de no agresión, constantemente mira con avidez hacia las costas del Báltico, su territorio de Rusia Blanca dominado por Polonia, y hacia la Besarabia, tomada por Rumanía.

Dondequiera que miremos, hallamos fronteras que laten dolorosamente, sometidas a la acción de violentas tensiones.

### Un estudio de los actuales conflictos de límites

Aunque los conflictos de límites frecuentemente pueden resolverse en forma pacífica, la actual situación del mundo experimenta la tensión ocasionada por ellos; en un momento dado, pueden explotar en una guerra abierta. De estos conflictos uno de los más peligrosos

es el que ha causado durante largo tiempo la tirantez que existe en las relaciones entre Rusia y Japón. Ambas potencias discuten constantemente con respecto a los derechos de pesca en la isla Sakhalin y en el mar de Okhotsk. China sostiene discusiones similares con Japón y otras naciones con respecto a los estrechos de Formosa y a la parte norte del Mediterráneo asiático-australiano. En este caso, además, el conflicto de límites oceánicos va más allá de rozamientos locales y se convierte en un enfrentamiento racial sumamente peligroso.

Los límites de Sudamérica carecen de estabilidad y son el escenario de incesantes luchas fronterizas. Lo mismo ocurre, debido a su expuesta situación, con la frontera noroeste de la India. Los límites africanos han sido trazados a menudo desatendiendo por completo las necesidades raciales y geopolíticas. Realmente, por su arbitrariedad, muchas de las regiones fronterizas de Africa se parecen a las de Sud América en la época del dominio español. Entonces se trazaban los límites ignorando por completo las necesidades económicas. Las colonias del Río de la Plata, por ejemplo, estaban obligadas a hacer su comercio con Europa por la vía del Perú y el Istmo de Panamá. Este estado de cosas conduce necesariamente a la rebelión. Africa puede eventualmente recurrir a tal solución de sus problemas fronterizos. En la Europa Central y del Sudeste también dejaron despreocupadamente de lado las trágicas experiencias de España en Sud América. En menor escala, los autores del tratado de Versalles repitieron errores que habían provocado la ruina del imperio español. Estados como Yugoslavia y Bulgaria, ambos al alcance del mar Egeo, vieron cerrada su salida. En consecuencia, ambos países planean y proyectan constantemente cómo obtener acceso a ese mar. Se crearon otros puntos de rozamiento en Memel y Vilna, que fueron asignados a espacios extraños. Dantzig y Austria fueron obligadas a una independencia que no deseaban y en la cual no podían vivir ni morir. Hungría siente hoy un inmenso odio por la mutilación de sus límites, y en el mismo caso se halla Macedonia que, privada de sus derechos para obtener la categoría de Estado, fue dividida entre Yugoslavia y Grecia.

Este no es más que un breve estudio de los problemas de límites que hoy acosan al mundo. Por ser uno de los campos más fructíferos de la auto-educación política, todos los que estudian la política mundial deberían seguir sus propias investigaciones de acuerdo con las indicaciones anteriores.